

## EL LIBRO Y LA EDICIÓN EN ARGENTINA

## Libros para todos y modelo hispanoamericano

Gustavo Sorá\*

¿En qué medida las singularidades de cada mercado editorial nacional interpelan los supuestos generales de la historia del libro y de la edición? Éste fue el objetivo del coloquio *Le livre, l'édition et la lecture dans le monde contemporain*, realizado en Sydney en julio de 2005. Con este evento, el campo internacional de estudios sobre el libro y la edición ganó espacio, por primera vez, en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas. A la cabeza de su organización estaban Jean-Yves Mollier, Jacques Michon y Martin Lyons, destacados investigadores en este campo de conocimiento en Francia, Québec y Australia.<sup>1</sup> Desde finales de la década de 1980, Roger Chartier y Robert Darnton encabezaron la afirmación de esta clase de estudios, dedicados preferentemente a la Edad Moderna. Una vez asentadas las perspectivas analíticas para comprender los mundos sociales y culturales generados por la producción, circulación y apropiación de manuscritos e impresos, el evento de Sydney buscó amplificar la cartografía de experiencias nacionales gestadas desde el siglo XIX hasta el presente. La monumental *Histoire de l'Édition Française* (editada en 4 volúmenes entre 1986 y 1991) era la referencia mayor para motivar la escritura de obras equivalentes. Al tiempo del encuentro de Sydney, ya estaba publicado un nuevo tomo de esa obra, esta vez dedicado al siglo XX. Jean-Yves Mollier era la autoridad central para ordenar el panorama de la edición francesa entre los

siglos XIX y XX.<sup>2</sup> No casualmente el título del Coloquio era en francés y la mitad de las ponencias fueron en esa lengua. Por esos años también aparecieron voluminosas historias de la edición en Inglaterra, Australia, Estados Unidos, Italia, España, Canadá.<sup>3</sup> Era el tiempo de contrastar los diversos «modelos» nacionales de la historia de la edición y expandir la indagación hacia contextos nacionales y lingüísticos de países no centrales. Ése fue el origen del presente trabajo.

Mi objetivo fue brindar un panorama de la historia del libro y de la edición en la Argentina, en la larga duración. Creí necesario aportar un sucinto panorama del modo como hasta entonces se habían escrito fragmentarios aportes para esa historia y subrayar en un racconto histórico general tres aspectos que se destacan en la configuración del «modelo argentino»: la significación de los extranjeros y del espacio transnacional en la implantación de las artes de la impresión, la edición, la comercialización de libros; la centralidad de los proyectos que desde inicios del siglo XX bus-

\* CONICET/Universidad Nacional de Córdoba. Coordinador del Área de Antropología Social y Director del Programa Cultura Escrita, Mundo Impreso, Campo Intelectual (CEMIC) del Museo de Antropología de la UNC; Director de la Maestría en Antropología de la UNC. Autor de *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de las ideas* (libros del Zorzal, 2003) y de numerosos trabajos consagrados a la antropología e historia de la edición.

<sup>1</sup> Jacques Michon ocupa la primera cátedra dedicada exclusivamente a historia del libro y la edición, creada en la Universidad de Sherbrooke. Allí fundó y dirige el Grupo de investigación sobre la edición literaria en Québec (GRÉLQ). Entre otros trabajos, es autor de *Histoire de l'édition littéraire au Québec au XXe siècle 1900-1930* (Montréal, Fides, 1999). Martyn Lyons es profesor de historia en la Universidad de Sydney y se ha especializado en historia moderna de Francia e historia de las prácticas culturales. Entre otras obras, es autor de *Le triomphe du livre* (1984) y *Napoleón Bonaparte and the legacy of the French Revolution* (1994).

<sup>2</sup> Un jalón de esta posición fue el artículo de Mollier «Les mutations de l'espace éditorial français du XVIIIe au XXe siècles», publicado en el primero de los dos números que *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* consagró a editores y editoriales, en 1999. Jean Yves Mollier (1947) es Profesor de Historia Contemporánea y Director del Centre d'Histoire Culturelle des Sociétés Contemporaines de la Universidad de Versailles Saint-Quentin-en-Yvelines. Su extensa obra abarca numerosas monografías dedicadas a los principales editores franceses del siglo XIX (Calman-Levy, Hachette, Flammarion, Plon, Larousse, etc.). Entre otros aportes, podemos mencionar sus libros *La lectura en Francia durante el siglo XIX (1789-1914)* (México, Instituto Mora, 2009); *Où va le livre?* (París, La Dispute, 2000) y *L'argent et les lettres. Histoire du capitalisme d'édition 1880-1920* (París, Fayard, 1988).

<sup>3</sup> Cito apenas la historia de la edición española en la medida en que resulta una referencia indispensable para engarzar a aquélla la historia de la edición en la Argentina y en América Latina: Martínez Martín, Jesús (dir.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, 527 páginas. La historia de la edición española e hispanoamericana comenzó a ganar cuerpo en España a partir de la obra de promoción del libro y fomento a la lectura de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, creada en 1981. Esta institución ha publicado, desde entonces, una Biblioteca del Libro con una veintena de títulos como *El libro en Hispanoamérica*, del mexicano José Luis Martínez (1984), o *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, del francés Jean-François Botrel (1993).



caron afirmar la creencia en una importante masa de lectores a través de colecciones de «libros baratos» y, finalmente, la acción de argentinos que participaron decididamente en el tejido de relaciones de interdependencia entre los diferentes mercados iberoamericanos. A diferencia del caso brasileño, por ejemplo, es imposible comprender la historia de la edición argentina de forma «unitaria», prescindiendo de la escala iberoamericana que determina su diferenciación específica. Si bien algunos panoramas culturales y políticos trabajados en este texto pueden parecer superficiales para el lector argentino, no cedo en la intención de explicitar hechos generales para un lector potencialmente extranjero, postura antropológica que va al encuentro de los objetivos trasnacionales del mencionado coloquio.

A partir del 2006, los estudios sobre la edición en Argentina crecieron a buen ritmo, lo que dificulta una completa actualización bibliográfica y un exhaustivo análisis de las perspectivas que prevalecen en este dominio de saber. Si bien agregué algunas referencias insoslayables, prefiero que este trabajo pueda leerse como testimonio de ese momento que hoy podríamos considerar «bisa-gra». Desde entonces, algunos de nosotros hemos testeado la posibilidad de organizar un primer coloquio argentino sobre estos asuntos, inclusive algún periódico especializado. La iniciativa de Horacio Tarcus y Ana Clarisa Agüero en **Políticas de la Memoria** debe considerarse a la vanguardia en la concretización de esos anhelos colectivos.

### Los estudios sobre el libro y la edición en la Argentina

En Argentina, el libro y la edición acompañaron la formación de la cultura y del Estado. En las primeras décadas del siglo XX ya se puede caracterizar un espacio diferenciado de librerías, imprentas y editoriales que dinamizó una intensa actividad literaria, intelectual, científica. La alfabetización de la mayor parte de la población nativa y extranjera, y el desarrollo de distintas esferas de actividad cultural (periodismo, literatura, artes plásticas, cine, radio), marcaron en esa época los contornos de la modernidad en Argentina. Por contraste con otras realidades latinoamericanas, las historias de la literatura y de la cultura caracterizan a la Argentina de ese período como una moderna «cultura letrada».<sup>4</sup> La historia y la literatura han basado su dominio en el campo académico, con el estudio de la plena modernidad de las letras y la política en el proceso de consolidación de la cultura nacional que se extiende desde finales del siglo XIX hasta la década de 1940. La originalidad del pensamiento nacional y continental en el con-

texto de la historia occidental contemporánea sobresalió como problema estructurante de los capítulos que esas disciplinas consagraron a la cultura legítima. No es raro, pues, que el ensayo y la historia de las ideas se hubieran desarrollado como las formas impresa y discursiva más valoradas para pensar tales procesos. Estas elecciones son correlativas, como en otros casos nacionales,<sup>5</sup> a una baja legitimidad de los estudios sobre las formas materiales y las condiciones sociales y económicas de existencia de los bienes simbólicos, sobre las propiedades de las prácticas culturales como unos hechos sociales entre otros. En Argentina, los estudios sobre el libro y la edición han sido, generalmente, capítulos complementarios, menores, de investigaciones dedicadas a objetos legitimados y distintivos: géneros literarios, obras de autores, movimientos intelectuales de impacto en la política. Si bien en los últimos años se elaboran proyectos más centrados en el libro y la edición, estos apenas se articulan en una comunidad de especialistas, con equipos que interactúen en eventos y publicaciones especializadas.<sup>6</sup>

Hasta 2006, la historia del libro en Argentina había sido preponderantemente emprendida por fuera de la actividad académica. Bibliógrafos, bibliómanos, bibliotecarios, historiadores aficionados, editores, libreros han escrito un considerable número de trabajos sobre su propio mundo: imprentas, librerías, editoriales, bibliotecas. Una obra ejemplar de ese repertorio es la de Domingo Buonocore; entre las décadas de 1910 y 1950, y desde Santa Fe, fue autor de artículos de prensa y libros que pueden leerse como retratos de «prohombres» del libro.<sup>7</sup> Aquel conjunto abarca trabajos dedicados a empresas singulares: por ejemplo las imprentas Coni y Peuser o la editorial Lautaro.<sup>8</sup> También algunas memorias y autobiografías.<sup>9</sup> En los años noventa, el **Boletín**

<sup>4</sup> Véanse, por ejemplo, Prieto, Adolfo, **El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna**, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2006 [1988]; Sarlo, Beatriz, **Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920-1930**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988; y Romero, Luis Alberto, «Buenos Aires en la entreguerra: libros baratos y cultura de los sectores populares», en Diego Armus (comp.), **Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina**, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 40-67. Para los antecedentes decimonónicos de la Ciudad Letrada en América Latina, véase Carlos Altamirano (dir.), **Historia de los intelectuales en América Latina**, Buenos Aires, Katz, 2008, vol. 1, Jorge Myers (ed.), **La ciudad letrada, de la conquista al modernismo**.

<sup>5</sup> Cfr. Darnton, Robert, «História intelectual e cultural», en **O beijo de Lamourette. Mídia, cultura e revolução**, San Pablo, Companhia das Letras, 1990, cap. 10, y Chartier, Roger, «História intelectual e história das mentalidades», en **A história cultural entre práticas e representações**, Lisboa-Rio de Janeiro, Difel-Bertrand, 1990, cap. 1.

<sup>6</sup> Esta afirmación se sustenta en un contraste: digamos que no se observa algún movimiento de construcción de una historia nacional del libro que pueda inspirarse en las guías modelares de la **Histoire de l'édition française** (Cf. Darnton, Robert, «Histoire du livre - Geschichte des Buchwesens: An agenda for comparative history», en Hans Bökeler (dir.), **Histoires du livre. Nouvelles orientations**, París, IMEC-Éditions de la MSH, 1995, pp. 451-458). Diferente es el caso de los estudios sobre la edición de revistas y sobre la lectura, los cuales han sido ciertamente mucho más expresivos, como evidencian algunos coloquios específicos y obras colectivas: véanse, por ejemplo, Girbal-Blacha, Noemí y Diana Quatrocchi-Woisson (dirs.), **Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX**, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999 y Sosnowski, Saúl (ed.), **La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas**, Buenos Aires, Alianza, 1999.

<sup>7</sup> Véanse, por ejemplo Buonocore, Domingo, **Libreros, editores e impresores de Buenos Aires**, Buenos Aires, El Ateneo, 1944, y **El mundo de los libros**, Santa Fé, Castelví, 1955.

<sup>8</sup> Imprenta Peuser, **Don Jacobo Peuser. Rasgos salientes de su vida y su obra**, Buenos Aires, Peuser, 1943; Grondona, Iván, **Imprenta Coni. Apuntes para la historia de una imprenta y una dinastía**, Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos de San Telmo, 1990; Clementi, Hebe, **Lautaro. Historia de una editora**, Buenos Aires, Leviatán, 2004.

<sup>9</sup> Por ejemplo, Peña Lillo, Arturo, **Memorias de papel**, Buenos Aires, Galerna, 1988; Maunás, Delia, **Boris Spivacow. Memoria de un sueño argentino**, Buenos Aires, Colihue, 1995; Yánover, Héctor, **Memorias de un librero**, Buenos Aires, Planeta, 1997. La Editorial Dunken inició en 2004 una colección de biografías denominada «El aporte de los editores españoles en el Río de La Plata», que incluye breves trabajos sobre El Ateneo, Losada, Aguilar, Sudamericana y Espasa-Calpe.

y la serie Estudios de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos hicieron valiosos aportes bajo la dirección de José Luis Trenti Rocamora. Otro segmento de este conjunto está formado por diagnósticos del sector editorial que reúnen significativos datos históricos, biográficos y estadísticos.<sup>10</sup>

**El escritor y la industria cultural**, del crítico literario Jorge Rivera, había sido el emprendimiento de raigambre académica más comprensivo hasta el momento que marcamos como umbral.<sup>11</sup> Tal como manifiesta el título, la historia de las imprentas, las librerías, las editoriales, aparece en ese extenso trabajo como medio para comprender tiempos y condiciones sociales, políticas y materiales de la profesionalización del escritor. En años recientes, el campo de los estudios literarios manifiesta renovado interés por abarcar al mundo del libro como medio específico para comprender la evolución del sistema literario nacional. Los exhaustivos trabajos de Patricia Willson y Graciela Batticuore,<sup>12</sup> por ejemplo, calibran sus indagaciones con algunos de los problemas recientes de la historia internacional de la edición de corte académico.

Remarco el año 2006 como nueva época en los estudios argentinos sobre el libro y la edición por referencia a los aportes de Gregorio Weinberg y de José Luis de Diego. La perspectiva del precioso librito de Weinberg (**El libro en la cultura latinoamericana**)<sup>13</sup> se aleja de la tradición literaria, aun permaneciendo fiel al estilo del ensayo. Su significación se acrecienta por la rara posición de Gregorio como editor que intervino intensamente en los combates por la construcción de la «biblioteca argentina», acción marcada por una singular dialéctica entre compromiso y distanciamiento.<sup>14</sup> En la obra colectiva que dirigió José Luis de Diego (**Editores y políticas editoriales en Argentina. 1880-2000**)<sup>15</sup> apa-

recieron rigurosos estudios sobre el peso específico de la edición, es decir como esfera que no es apenas tributaria de la creación estética sino fuerza coactiva.<sup>16</sup> En algunos pasajes de esa obra, sin embargo, aún resuena la inercia de abordar la edición como apéndice para repensar el canon literario nacional, al igual que en otras monografías remarcables como la que Fernando Degiovani dedicó a las colecciones Biblioteca Argentina (R. Rojas) y La Cultura Argentina (J. Ingenieros), en tanto que manifestaciones impresas de los combates intelectuales generados por el Centenario.<sup>17</sup>

Entre los historiadores, quien primero despuntó en el escenario contemporáneo de estudios sobre el libro y la edición en la Argentina fue Leandro de Sagastizábal con **La edición de libros en Argentina. Una empresa de cultura**, publicado por Eudeba en 1995. Si bien los capítulos que componen ese libro son desiguales, fragmentarios y en algunos aspectos superficiales, su valor reside en la intención de implantar tempranamente la edición como programa de investigación y enseñanza.<sup>18</sup> Posteriormente, De Sagastizábal aplacó dudas sobre su proyección historiográfica con una monografía sobre la Bibliografía de la República Argentina de Navarro Viola.<sup>19</sup> No se puede dejar de ponderar la importancia de trabajos previos al de De Sagastizábal, como el que Luis Alberto Romero dedicó a la significación del libro barato y las políticas culturales del socialismo.<sup>20</sup> Este trabajo, sin embargo, se encuadró en emprendimientos más vastos de historia cultural que no dieron lugar a investigaciones especializadas y sistemáticas sobre impresos y editoriales. Esta misma apreciación se puede realizar sobre Alejandro Eujanián, de quien en 1999 apareció un brillante trabajo sobre libros, lectores y editores / cultura, clases y poder en el último cuarto del siglo XIX.<sup>21</sup> A pesar de citar solamente a un historiador del libro (Chartier), este texto manifiesta, de modo similar a Batticuore y Willson, impregnación de las hipótesis que la «nueva historia cultural» dedicaba al mundo del libro y la lectura.

<sup>10</sup> Por ejemplo, García, Eustacio, **Desarrollo de la industria editorial argentina**, Buenos Aires, Fundación Interamericana de Bibliotecología Franklin, 1965, y Bottaro, Raúl, **La edición de libros en Argentina**, Buenos Aires, Troquel, 1964.

<sup>11</sup> Este trabajo fue originalmente editado en fascículos entre 1980 y 1985 en la célebre colección **Capítulo. Historia de la literatura argentina**, que dirigió Susana Zanetti en el CEAL. El trabajo de Jorge Rivera se subdividió en cuatro partes: «El camino hacia la profesionalización (1810-1900)»; «La forja del escritor profesional (1900-1930)»; «El auge de la industria cultural (1930-1955)» y «Apogeo y crisis de la industria del libro (1955-1970)». Aquí utilizo la edición reunida de esos cuatro capítulos bajo el título **El escritor y la industria cultural**, en la serie **Capítulo. Cuadernos de literatura argentina**, n° 3, Buenos Aires, CEAL, 1985, pp. 313-647. El trabajo de Rivera extendió los originalísimos aportes que Adolfo Prieto realizó en 1956 con su **Sociología del público argentino** (Buenos Aires, Leviatán). Es interesante observar que hacia finales de los años 1980, Rivera aún trabajaba sobre la edición argentina en colaboración con Jorge Lafforgue; juntos obtuvieron un subsidio del CONICET específicamente orientado a estudios del pasado editorial argentino, promovido durante la gestión de Gregorio Weinberg como Vice-presidente de la institución.

<sup>12</sup> Willson, Patricia, **La constelación del sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; Batticuore, Graciela, **El taller de la escritura. Veladas literarias de Juana Manuela Gorriti: Lima-Buenos Aires (1876/7-1892)**, Rosario, Beatriz Viterbo, 1999.

<sup>13</sup> Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, 111 pp..

<sup>14</sup> Sobre el lugar de Weinberg como editor e investigador el mundo editorial, véanse Gustavo Sorá, «Gregorio Weinberg y la edición: estampa de un fundador de la biblioteca argentina», en **La Biblioteca**, n° 4-5, 2006, pp. 452-470, y «Traducir la nación: Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino», en **Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe**, vol. 21, N° 1, pp. 77-99.

<sup>15</sup> Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

<sup>16</sup> También en 2006 se publicó **Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia**, de Mónica Bueno y Miguel Ángel Taroncher (Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2006). Si bien esta obra presenta algunos problemas analíticos y empíricos (señalados parcialmente en una reseña que le dediqué en **Prismas** n° 11, 2007, pp. 289-291), es importante ponderar su significación para motivar investigaciones monográficas sobre el mayor número posible de experiencias editoriales en nuestro país.

<sup>17</sup> **Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina**, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007.

<sup>18</sup> Por aquellos años, no es un dato menor, De Sagastizábal dirigió la carrera de Edición que fue creada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En ese ámbito se gestaron carreras de especialistas del mundo editorial (por ejemplo, Gabriela Adamo y Natalia Silberleib) que, en algunos casos, abrieron el camino a debates e investigaciones sobre la edición como profesión. Formado en historia por la UBA, De Sagastizábal se ha desempeñado en diversas funciones de importantes editoriales como EUDEBA, Planeta y Fondo de Cultura Económica.

<sup>19</sup> De Sagastizábal, Leandro, **Diseñar una nación. Un estudio sobre la edición en la Argentina del siglo XIX**, Buenos Aires, Norma, 2002. El estudio monográfico dedicado a Viola abre importantes hipótesis sobre la diferenciación de la edición argentina a fines del siglo XIX.

<sup>20</sup> Romero, Luis Alberto, *Ibid.*. En tiempos precedentes, aparecieron raros trabajos dispersos: por ejemplo Heras, Carlos, **Orígenes de la imprenta de niños expósitos**, La Plata, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Documentos del Archivo, Tomo X, 1943.

<sup>21</sup> Eujanián, Alejandro, «La cultura: público, autores, editores», en Marta Bonaudo (dir.), **Nueva Historia Argentina**, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, T. IV.



Otra vertiente analítica remite a los proyectos de Horacio Tarcus que salieron a luz, principalmente, a partir de su investigación sobre Samuel Glusberg, editor porteño de decisiva influencia en los proyectos intelectuales de José C. Mariátegui.<sup>22</sup> En su desplazamiento de la historia de las ideas a la historia intelectual, Tarcus se sumergió de múltiples maneras en los problemas del libro y la edición en la Argentina. En aquel libro mostró que la historia de la política y la cultura podía abrirse a un nuevo horizonte en la medida en que paralelamente se construyeran medios de «capitalización documental». El Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI) creció, desde entonces, como catalizador de series de impresos y documentos de intelectuales, editores y otros agentes culturales. Este proyecto institucional es modélico en la generación de las condiciones necesarias para los estudios sobre la cultura impresa, el campo editorial y las formaciones intelectuales.<sup>23</sup> Al interior de la historia intelectual no puede dejar de mencionarse la significación creciente atribuida por Carlos Altamirano a la edición. Su mirada sobre esa práctica se manifiesta desde sus trabajos con Beatriz Sarlo, emerge tangencialmente en algunos de sus textos y se prolonga en los temas impuestos en las agendas de la historia y la sociología de la cultura por el Programa de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes.<sup>24</sup> Sobresale en ese medio la permanente atención que Alejandro Blanco presta a la edición para indagar la historia de la sociología en América Latina. Sus trabajos incluyen, por ejemplo, detallados capítulos sobre las funciones de director de colecciones y de traductor tanto de Gino Germani como de José Medina Echevarría.<sup>25</sup>

En los últimos años se han incrementado notablemente los trabajos monográficos que abordan diversas manifestaciones de la historia editorial en la Argentina. Ante la imposibilidad de dar cuenta de esta fase, deseo remarcar dos aportes cordobeses: la tesis de Alejandro Dujovne sobre la edición en la historia del judaísmo y los judíos en la edición argentina<sup>26</sup> y el capítulo de tesis de Ana

Clarisa Agüero sobre la historia de la cultura impresa en la Córdoba del giro de los siglos XIX a XX.<sup>27</sup> La importancia de los estudios de Dujovne radica en la atención a un mundo de inmigrantes diferentes a los españoles pero de significación tal vez homóloga a estos para comprender la evolución de la edición en nuestro país. Agüero tal vez sea la primera en romper el atomismo porteño-céntrico para revelar el alcance de la historia de la edición en el interior del país. Muestra que las experiencias desarrolladas en Córdoba no fueron apenas tributarias del mundo impreso gestado en Buenos Aires, sino que generaron fuerzas específicas de diferenciación de trayectorias y prácticas culturales que tuvieron peso en la estructuración de las elites y el poder, y en ciertos casos alcanzaron dimensión nacional e internacional.<sup>28</sup>

Como cierre de este brevísimo panorama, no se puede dejar de señalar las lagunas que observa este campo de investigación en ciernes. Es importante advertir que los trabajos que en Argentina se han dedicado al libro y la edición en contados casos dialogan con los estudios que signaron el tiempo y los debates de esta especialidad en el escenario académico internacional desde 1958, año de publicación de *L'apparition du livre*, de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin. Una aproximación crítica o criteriosa al campo internacional de estudios sobre el libro y la edición esclarecería un sistema de objetos indispensables para densificar nuestra propia historia: monografías de decenas de emprendimientos singulares, estudios sobre experiencias en contextos urbanos y regionales diversos, investigaciones sobre la edición de géneros no literarios, análisis económicos y jurídicos, historias de instituciones, indagaciones sobre el papel del Estado, enfoques desde la bibliografía material y la sociología de los textos, etnografías de ferias y de los usos de los bienes impresos. De más está decir que una investigación sobre el libro y la edición lo es necesariamente sobre un amplísimo sistema de funciones, posiciones, especializaciones e instituciones conexas: autores, traductores, papeleros, gráficos, libreros, bibliotecarios, agentes literarios, ferias, bibliotecas, agremiaciones, sistema educativo. Como buscaré demostrar, los límites geográficos y mentales de la Argentina guardan apenas una parte de las causas y condiciones que estruc-

<sup>22</sup> Tarcus, Horacio, **Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg**, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2001. Fernanda Beigel también enfocó el peso de las prácticas editoriales en su tesis doctoral, dedicada al impacto de la obra de Mariátegui en América Latina (**La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina**, Buenos Aires, Biblos, 2006).

<sup>23</sup> En **Marx en la Argentina** (Siglo XXI de Argentina, 2009), Tarcus demuestra la importancia de la edición y la materialidad de los impresos en una empresa analítica que equilibra los instrumentos específicos para analizar tales temas con los de los estudios de recepción, de los intelectuales, de la política, sin reducir alguna de esas dimensiones a un factor determinante.

<sup>24</sup> Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, **Conceptos de sociología literaria**, Buenos Aires, CEAL, 1980; Altamirano, Carlos, «Ideas para un programa de historia intelectual», en **Para un programa de historia intelectual y otros ensayos**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, y «Elites culturales en el siglo XX latinoamericano», Introducción al Vol. II de **Historia de los intelectuales en América Latina**, Buenos Aires, Katz, 2010.

<sup>25</sup> Blanco, Alejandro, «Los proyectos editoriales de Gino Germani y los orígenes intelectuales de la sociología en la Argentina», en **Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales**, N° 169, 2003, Vol. 43, pp. 45-71 y «Karl Mannheim en la formación de la sociología moderna en América latina», en **Estudios Sociológicos de El Colegio de México**, N° 80, 2009, vol. XXVII. En el Programa de Historia Intelectual de la UNQ, Jorge Myers también es autor de numerosos trabajos sobre intelectuales latinoamericanos en los que resalta la centralidad de experiencias editoriales, como en los casos de los ateneístas mexicanos o del historiador venezolano Mariano Picón Salas.

<sup>26</sup> Dujovne, Alejandro, **Impresiones del judaísmo. Una sociología histórica**

**de la producción y circulación transnacional del libro en el colectivo social judío de Buenos Aires, 1919-1979**, Tesis doctoral inédita, IDES-UNGS, 2010, y «Cartografía de las publicaciones periódicas judías de izquierda en Argentina, 1900-1953», en **Revista del Museo de Antropología**, N° 1, 2008, pp.121-138.

<sup>27</sup> Agüero, Ana Clarisa, **Local / nacional. Córdoba: cultura urbana, contacto con Buenos Aires y lugares relativos en el mapa cultural argentino (1880-1918)**, Tesis doctoral inédita, UNC, 2010, y «Microsociedades, ciudades y catálogos. La Imprenta Argentina de Vicente Rossi», en Agüero, AC. y Diego García (eds.), **Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura**, La Plata, Ediciones Al Margen, 2010, pp. 51-74.

<sup>28</sup> Estas tesis se enmarcan en las actividades del programa de investigaciones Cultura Escrita, Mundo Impreso, Campo Intelectual del Museo de Antropología de la Universidad de Córdoba, no casualmente creado en 2006. Se trata de un programa en historia y sociología de la cultura en el que el libro y la edición demarcan el área de especialización central. Además de los proyectos de Dujovne y Agüero, allí se elaboran otros convergentes: Ezequiel Grisendi aborda los proyectos editoriales de Martínez Paz y la implantación de la sociología, Pablo Requena el lugar del libro, las obras y la edición en la afirmación y dispersión del reformismo, María José Zapata la recepción de Sartre en Buenos Aires, Adriana Vulponi las ferias de libros y la diferenciación de la literatura infantil y juvenil como género editorial, etc..

turan nuestra historia editorial. Una perspectiva transnacional es indispensable. Espero que esta premisa quede clara para la edición argentina y desde ésta cuestione tal limitación para todo problema tocante a ésta o cualquier nación.

El presente estudio expone un boceto de la historia del libro y de la edición en Argentina en un esquema de larga duración (1810-1950). Aún bajo el riesgo de presentar una rasa versión generalizante, se justifica esta elección a partir del objetivo de ordenar umbrales de diferenciación progresiva de las prácticas de edición, señalando aquellas formas impresas y esquemas de pensamiento y acción profesionales que han distinguido la historia de la producción, circulación y usos de los libros en Argentina de la de otros lugares de América Latina. Para ello, insisto en tres hipótesis que deberían trazar tal historia: los extranjeros y el espacio transnacional, el libro barato o «al alcance de todos», y la escala iberoamericana.<sup>29</sup>

Ya en 1901 la Biblioteca del diario La Nación confirmó la existencia de un amplio público general, ávido de modas y clásicos de la literatura universal y de las obras representativas de las letras y el pensamiento argentinos. La génesis de este proceso de formación de comunidades de lectores remonta a las políticas de Sarmiento, a la difusión del folletín, al fenómeno «Martín Fierro», a la temprana diferenciación de una esfera pública.<sup>30</sup> Sin embargo, hay que remontarse aún más atrás para observar la génesis de una división social entre las prácticas del mundo del libro y las literarias: las primeras fueron desarrolladas por extranjeros que llegaban al país con un saber adquirido en sus lugares de origen; las segundas eran producto de miembros de la élite criolla exiliados o formados en el exterior. El equilibrio del análisis entre los productores de textos y los productores y comerciantes de impresos es indispensable para aprehender los procesos culturales y sociales en su unidad y complejidad. Asimismo para demostrar la condición «nacional extranjera» que supone la constitución de toda cultura nacional y de los campos editoriales en particular.<sup>31</sup>

Por otro lado, la Guerra Civil española marcó, como ha sido suficientemente recalcado,<sup>32</sup> el destino de todos los mercados editoriales del continente. El exilio de editores e intelectuales republicanos en Argentina y México profundizó alianzas entre agentes y empresas de tales mercados en un momento en el que la Argentina

ya poseía un espacio editorial bien diferenciado y devino, en gran medida gracias a la paralización de España, el principal centro editor en lengua castellana. Desde los años '40 las apuestas en un lugar y otro fueron cada vez más interdependientes; la escala del mercado pasó a ser definitivamente Iberoamericana. Es por ello que resulta estratégico observar algunas dimensiones del campo editorial argentino desde México, a través de la historia del Fondo de Cultura Económica (FCE), una editorial que es casi sinónimo de libros mexicanos. En efecto, gran parte de las elecciones iniciales del catálogo del FCE orientadas a las ciencias sociales y humanas se realizaron por contraste con el perfil de las editoriales argentinas de distribución continental, que difundían literatura, ensayo, psicología. El reformista argentino Arnaldo Orfila Reynal fue quien lideró el arribo de los libros del FCE al sur del continente, y a partir de 1948 dirigió la editorial mexicana durante casi 20 años. Su trayectoria permite caracterizar un tipo de experiencias sociales, editoriales y académicas que afirmaron ciertas relaciones constantes en la configuración de los campos editoriales hispanoamericanos hasta tiempos recientes.

### Algunos rasgos de la edición en el siglo XIX

«**Del contrato social o principios de derecho político.** Obra escrita por el ciudadano de Ginebra Juan Jacobo Rosseau [sic], se ha impreso en Buenos Aires para instrucción de los jóvenes americanos. Con superior permiso, en la Real Imprenta de los Niños Expósitos. Año de 1810.» Así reza el frontispicio del que puede ser considerado, en cierto sentido, el primer libro «libre»<sup>33</sup> editado en la Argentina. Salió de imprenta días después del estallido de la Revolución de Mayo, hito fundamental del proceso de emancipación rioplatense de la corona española.

La Imprenta de los Niños Expósitos (Casa Cuna) funcionaba en Buenos Aires desde 1781. Se trataba de la primera imprenta que habían llevado los jesuitas a la ciudad de Córdoba, en 1765, y que se encontraba abandonada desde la expulsión de la orden en 1767.<sup>34</sup> Su restauración y traslado a Buenos Aires fue iniciativa de José de Silva Aguiar, un portugués que en 1759 abrió la primera librería de la ciudad y fue reconocido como Bibliotecario de la Librería del Real Colegio de San Carlos. Por su iniciativa, el virrey

<sup>29</sup> Si bien este ejercicio busca promover esquemas para una historiografía de la edición en Argentina, quizás no hubiera emprendido este arriesgado panorama (el cual, soy consciente, dispersa numerosos frentes de indagación no abordados con rigor y no aprovecha cabalmente los importantes avances de algunos estudios editados desde 2006), sino hubiera sido incitado a ello a partir de la preparación de un trabajo para el mencionado coloquio de Sydney.

<sup>30</sup> Véanse Prieto, *Ibid.*, Batticuore, *Ibid.* y Eujanián, *Ibid.*

<sup>31</sup> Bourdieu, Pierre, «Les conditions sociales de la circulation internationale des idées», en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n°145, 2002 [1990], pp. 3-8; Miceli, Sérgio, *Nacional estrangeiro. História social e cultural do modernismo artístico em São Paulo*, San Pablo, Companhia das Letras, 2003; Casanova, Pascale, *La República Mundial de las Letras*, Barcelona, Anagrama, 2002.

<sup>32</sup> Por ejemplo, Espósito, Fabio, «Los editores españoles en la Argentina: redes comerciales, políticas y culturales entre España y la Argentina (1892-1938)», en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires-Madrid, Katz, 2010, Vol. II, pp.515-536.

<sup>33</sup> En el sentido que Pierre Bourdieu otorga a los procesos de autonomización de la producción de bienes simbólicos con relación a la «tutela de la aristocracia y de la Iglesia, así como de sus demandas éticas y estéticas». Cfr. Bourdieu, Pierre, «El mercado de los bienes simbólicos», en *Creencia artística y bienes simbólicos*, Córdoba, Aurelia Rivera, 2003 [1971], p. 86.

<sup>34</sup> El interés de este trabajo, se insiste, recae sobre la edición de libros. Anteriormente a este período, la circulación de impresos estuvo condicionada a los controles imperiales españoles y al dominio de la iglesia católica de la educación y la cultura. En un estudio sobre la librería jesuítica de la primera universidad argentina, la de Córdoba, Carlos Page resalta el florecimiento de la circulación de libros en el Siglo XVIII: «en 1722 el gobierno español suprimió los impuestos que cargaban sobre la exportación de libros a América, lo cual favoreció notablemente la introducción de libros en el puerto de Buenos Aires. Pero por allí también los ingleses eludían los controles e introducían clandestinamente obras en inglés y francés. También lo hizo un tal Francisco Lobato en 1739 que traía un cargamento de libros de Brasil que llevó a Santa Fe y Córdoba». Page, Carlos, «La librería jesuítica. Historia del expolio de un emblemático patrimonio cultural de Córdoba», en *La Biblioteca Jesuítica de la Universidad Nacional de Córdoba*, Córdoba, EUDECOR, 2000, p. 21.



Vértiz le concedió la administración de la Real Imprenta durante diez años. Silva y Aguiar tuvo el privilegio exclusivo para la impresión de cartillas, catones y catecismos para todo el Virreinato del Río de La Plata. La Imprenta realizó una intensa actividad, «produciendo cuanto papel impreso podía hacer falta en el virreinato». También realizó trabajos para Chile, Paraguay y Montevideo.<sup>35</sup> En comparación a lo realizado en los principales centros coloniales españoles (Nueva España y Perú),<sup>36</sup> se puede afirmar que en el Río de La Plata la producción de libros durante el período colonial fue insignificante.

Si bien ya se habían impreso libros en el Virreinato del Río de La Plata, **Del contrato social** fue el primero que no respondió a una demanda práctica.<sup>37</sup> Un análisis del momento de aparición, del proceso de traducción, del arte de su confección, de su significación como emblema para los criollos independentistas, justificaría tratar al libro de Rousseau como un umbral genético para la diferenciación de las prácticas intelectuales y editoriales en el Plata. De este modo la Argentina asoció su propio nacimiento como nación independiente a la traducción.<sup>38</sup> Y la traducción es un hecho concreto que permite introducir la cuestión más relevante para observar la formación de prácticas culturales nacionales: la nacionalización de lo universal a través de formas de apropiación de ideas, prácticas y recursos que dominan en el escenario internacional.<sup>39</sup>

Después de 1816, cuando el Congreso de Tucumán declaró formalmente la independencia, se incrementó el número de imprentas.<sup>40</sup> En primer lugar, se continuó traduciendo libros de humanis-

tas francesas.<sup>41</sup> Los escritores criollos ensayaban las bases ideológicas del país en los numerosos periódicos<sup>42</sup> que acompañaban la efervescencia de un estado de opinión. Su prédica motivó el decreto sobre la libertad de imprenta, en 1811,<sup>43</sup> y la creación temprana de la Biblioteca Pública, en 1812. Hacia la década de 1820 las imprentas editaban libros didácticos, religiosos, de «generalidades»<sup>44</sup> y algunas obras poéticas de autores criollos como **Dido. Tragedia en tres actos**, de Juan Cruz Varela (1823). Pero el primer signo de unificación de la producción poética «argentina» fue publicado en París en 1824: **La Lira Argentina**. Este indicio nos conduce a la génesis de un fenómeno estructural a la formación de toda cultura nacional en general y de los campos editorial e intelectual en particular: su deuda e imbricación con modelos, prácticas, capitales del exterior.

París fue el origen de los autores y/o ediciones de la mayor parte de los impresos leídos en Argentina y en Hispanoamérica durante todo el siglo XIX. Algunos datos son contundentes: entre 1814 y 1914 en Francia se editaron alrededor de 5.000 títulos en español, lo que da un promedio de 45 títulos por año. Como vimos, en la primera mitad del siglo prevalecieron los géneros de lo que hoy en día clasificaríamos como ciencias sociales: política, historia, derecho. En la segunda mitad, libros escolares. Entre 1840 y 1844 había al menos 25 editores de libros en español en Francia, de los cuales 5 eran importantes; hacia 1861, el catálogo de los Hermanos Garnier contabilizaba 540 títulos en español; más de la mitad de los libros escolares utilizados en Argentina entre 1865 y 1891 eran extranjeros: 61, de los cuales 31 eran de origen francés y 16 españoles.<sup>45</sup> Se afirma, como corolario, que la formación

<sup>35</sup> Heras, Carlos, «Introducción. Los primeros trabajos de la Imprenta de los Niños Expósitos», en *Ibid.*. Entre otras clases de impresos, la Real Imprenta produjo almanques, devocionarios, filaciones y fojas de servicios para las tropas, timbrados para la Secretaría del Virreinato, papeles para el correo, la aduana, papeletas y carteles para los toros, pleitos, catecismos, cartillas y Gacetas precursoras del periodismo.

<sup>36</sup> Cfr. Martínez, José Luis, *Ibid.*; Castañeda, Carmen, «Vers l'autonomie du système d'édition mexicain», en Jacques Michon et Jean-Yves Millier (dirs.), **Les mutations du livre et de l'édition dans le monde du XVIII e siècle à l'an 2000**, Québec-Paris, Les Presses Universitaires de Laval-L'Harmattan, 2001, pp. 289-295.

<sup>37</sup> Por demanda del poder colonial y religioso ya se habían editado libros de teología en latín, didácticos (por ej., **Construcción de las reglas y pretéritos**, por Marcos Márquez de Medina, 1783), prácticos (por ej. **Instrucciones para la inoculación vacuna**), además de los primeros periódicos: **El Telégrafo Mercantil** (1801-1805); el **Semanario de Agricultura, Industria y Comercio** (1802) y algunas crónicas sobre las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807.

<sup>38</sup> «En la paupérrima vida literaria de comienzos de siglo, [el ideólogo de la Revolución] Mariano Moreno no sólo hace publicar y prologa la traducción española de **El contrato social** en la Imprenta de los Niños Expósitos (marca con la traducción de una teoría la práctica revolucionaria), sino que en el viaje que lo verá morir desterrado, distrae sus horas huecas traduciendo al abate Jean Jacques Barthélemy, una traducción literaria hecha por placer»; Panesi, Jorge, **Críticas**, Buenos Aires, Norma, 2000, p. 82.

<sup>39</sup> Como afirma Casanova (*Ibid.*, p. 10), la formación de un campo literario nacional dominado, sin tradición, en sus orígenes se apoya en gran medida en «la traducción como acumulación de capital». La traducción permite entrar en la concurrencia literaria mundial, apropiarse de la antigüedad y la nobleza, «nacionalizando», traduciendo en la lengua nacional los grandes textos universales, «aquellos reconocidos como capital universal en el universo literario».

<sup>40</sup> La Real Imprenta de Niños Expósitos pasó a denominarse Imprenta del Estado y luego, ya bajo la dirección de Pedro de Angelis, adquirió los vicios de un taller al servicio de los intereses políticos de turno. En servicio al gobierno de Juan M. De Rosas, de Angelis realizó la crítica del **Dogma** de la «joven Generación» de 1837, tratando a Esteban Echeverría y los suyos como «estudiantes de Derecho presumidos y holgazanes» (Rojas, Ricardo,

«Nota preliminar», en Esteban Echeverría, **Dogma Socialista**, Buenos Aires, Biblioteca Argentina, n° 2, 1915 [1838], p. 14). A la Imprenta del Estado se sumaron las de la Independencia, de Gandarillas, de Álvarez, del Comercio, de Ayllones y Cía., la Argentina y otras de escasa actividad (Cfr. Rivera, *Ibid.*, p. 315). En Córdoba, recién volvió a funcionar una imprenta en 1820, cuando el gobernador Juan Bautista Bustos motivó el arribo de nueva maquinaria desde Buenos Aires con destino a la Universidad (Page, *Ibid.*, p. 32).

<sup>41</sup> La Imprenta del Estado editó, por ejemplo, **Impreso sobre los últimos seis meses de la América y del Brasil**, de M. De Pradt (1818) y **Ensayo sobre las garantías individuales que reclama el estado actual de la sociedad**, por P.C.F. Daunon (1822), traducido del francés por el Deán Funes, 209 pp..

<sup>42</sup> Entre los primeros de este período estaban el **Correo de Comercio** y la **Gazeta de Buenos Aires**, fundados en 1810; **El observador americano** (1811); **El Censor** (1812) y **El grito del Sud** (1812). Estos fueron los más significativos entre el centenar de periódicos de vida efímera que surgieron y desaparecieron entre 1810 y 1820; Cfr. Ulanovsky, Carlos, **Parén las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos**, Buenos Aires, Espasa, 1997, p. 14.

<sup>43</sup> Geneviève Verdo aclara que en dicha época los decretos de libertad de prensa buscaron antes limitar la posibilidad de la crítica sobre los nuevos gobiernos independientes que garantizar la libertad de opinión. («El escándalo de la risa o las parodias de la opinión en el período de emancipación rioplatense», en François-Xavier Guerra y Annick Lempérière (orgs.), **Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX**, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 234).

<sup>44</sup> Entre otras curiosidades editadas desde la Imprenta del Estado, se puede mencionar **Nuevos y curiosos pronósticos de Miguel Nostradamus para el año 1822 y Defensa del bello sexo. Caracteres de la historia, genio, disposición, méritos, ocupaciones, costumbres e importancia del bello sexo en todas las partes del mundo, interpoladas con muchas anécdotas singulares y divertidas**, Traducidos, aumentados y coordinados para nuestras lectoras americanas por José Antonio Cantillon, profesor de idiomas, en Buenos Aires, Imprenta de los Expósitos, 1820, 85 pp..

<sup>45</sup> Cfr. Brafman, Clara, «Les manuels scolaires de lecture d'origine français en Argentine dans la deuxième moitié du XIXe siècle», **Histoire de l'éducation**, n° 69, 1996, pp. 63-80, citado por Jean-François Botrel «Exportation

de comunidades de lectores fue posible, en gran medida, gracias a la fuerte expansión transatlántica de la producción intelectual y editorial francesa. Se trata de una constante de todo el siglo XIX que implicó la traducción, adaptación o producción original de impresos en Francia. Jean-François Botrel ha estudiado «la librería 'española' en Francia» y plantea un marco indispensable para conocer el mundo de la edición y la lectura en la Argentina de aquel tiempo: «la dimensión 'española' del comercio francés del libro (y del impreso de un modo general) no puede ser estudiado con independencia de su función de sustitución o de concurrencia y del *carácter internacional de las redes que ella supone*; es decir que la librería 'española' debe ser estudiada tanto en Perpignan como en París, pero también en Madrid, Valencia, Buenos Aires, México... o Río de Janeiro».<sup>46</sup> Su noción de «librería española» impone la observación del complejo espacio internacional que suponía la edición y el comercio de libros en castellano. De modo inverso, postulamos que la investigación de los impresos editados, vendidos y leídos en Argentina supone extender el estudio y las evidencias al menos a las mismas plazas a las que se refiere Botrel. Así, no es casual que en viaje al Plata, Arsène Isabelle observara que, en 1830, más de la mitad de las obras de la Biblioteca Pública de Buenos Aires eran de origen francés. Lo mismo sucedía en las librerías de la ciudad,<sup>47</sup> que privilegiaban la venta de las obras de Hugo, Constant, Leroux, Lamartine, Dumas. Como eco de movimientos intelectuales europeos, desde entonces surgieron las primeras manifestaciones sobre el arte de escribir, la apelación a lo nacional, los juicios sobre el gusto literario y sobre las condiciones de publicación. Entre los periódicos que se multiplicaban en la década de 1830 sobresalió **La Moda**. Frente a los nombres patrióticos de las restantes publicaciones, **La Moda** invocaba un mercado sin fines morales necesarios, para lectores que allí podían conocer novedades literarias pero también frivolidades mundanas, modos de comportamiento y formas de estar en *la sociedad*. Este caso, ciertamente tomó un modelo francés.

Hacia fines de la década de 1820 fueron instaladas las primeras litografías. La primera de ellas fue la del suizo Hipólito Bacle, quien editó el primer periódico ilustrado: **El Diario de Anuncios**. En 1833 le siguió la Litografía Argentina fundada por el francés Hilaire Bertrand.<sup>48</sup> Por su lado, la lógica de edición de libros seguía el circuito cerrado de las suscripciones. Así salió, en 1832, **Elvira o la novia del Plata**, de Esteban Echeverría, la primera pieza de poesía romántica.<sup>49</sup> Con Echeverría se impusieron composiciones que

des livres et modèles éditoriaux français en Espagne et en Amérique Latine (1814-1914)», en Jacques Michon y Jean-Yves Mollier (dirs.), *Ibid.*, p. 235.

<sup>46</sup> Jean-François Botrel, «La librairie 'espagnole' en France au XIXe siècle», en **Le commerce de la librairie en France au XIXe siècle (1789-1914)**, Paris, IMEC - Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1997, p. 287. La traducción y la cursiva son mías.

<sup>47</sup> Se reconocía a las librerías por el nombre de sus propietarios (Ocantos, Sastre, Ezeiza, Larrea, Riesco, etc.), entre los cuales había algunos franceses: Mercet, Minvielle, Duportail, Laty, Halbach. Rivera, Jorge, *Ibid.*, p. 322.

<sup>48</sup> Entre las imprentas, las más activas fueron las del Estado y de la Independencia. Entre los periódicos, en 1839 la imprenta de **La Gaceta Mercantil** importó una impresora a vapor de tipo Hoe. Sobre otras imprentas y litografías, véase Rivera, Jorge, *Ibid.*, p. 318-319.

<sup>49</sup> La importación del romanticismo por Esteban Echeverría fue fruto de varios años de estudio en París y Londres en la segunda mitad de la década de 1820. Echeverría era hijo de un comerciante vasco y una madre criolla.

fusionaron literatura y nación, y un movimiento crítico y asociativo responsable por el primer movimiento literario del país: La Asociación de Mayo. Los protagonistas de este cenáculo, entre quienes se destacaron Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez, se agrupaban en el Salón Literario del librero montevideano Marcos Sastre. Las bases programáticas de la Asociación fueron compuestas por Echeverría en el **Dogma de la joven generación**, que debió ser publicado en **El Iniciador** de Montevideo en 1838, a causa de la persecución que sufrieron por parte del gobierno de Juan Manuel de Rosas. En dicha plataforma generacional, la escisión de la actividad intelectual de la política era explícita: sus autores buscaban imponer un programa para pensar al país y la realidad «americana» como modo de superar las miserias de la lucha armada entre unitarios y federales. La edición de sus libros en Montevideo y en Santiago de Chile inauguró una constante para toda la historia editorial latinoamericana: los movimientos de autonomización de la producción intelectual y editorial fueron cíclicamente frenados por intervenciones políticas y crisis económicas. En su faz positiva, el exilio indujo el tejido de redes de relaciones internacionales y latinoamericanas que persistirían después de la recuperación de «libertad de pensamiento y asociación».

La organización del Estado sólo fue posible después de 1853, cuando comenzó a ser pacificado el territorio tras décadas de luchas entre caudillos y se dictó la primera **Constitución Nacional**. La progresiva implantación del liberalismo económico y político fue acompañada por el triunfo del positivismo en el plano de las ideas. Para los pensadores del '37, que con las armas llegaron al poder después de la batalla de Caseros contra «la tiranía de Rosas», la implantación de una nación moderna sólo sería posible tras erradicar los elementos «bárbaros» del caudillismo. En el plano literario, Domingo F. Sarmiento tematizó con **Facundo** la encarnación de la barbarie en los caudillos del interior con su base social y cultural rural. En **De la educación popular** (1849) comenzó a difundir sus estrategias pedagógicas como política suprema para construir la nación. Al ser nombrado presidente en 1868, Sarmiento inició sus obras «civilizatorias»: el fomento a la inmigración selectiva, la creación de Escuelas Nacionales y Normales para formar profesores en base a modelos anglosajones, la construcción de escuelas y bibliotecas por todo el territorio nacional y la promoción de campañas de alfabetización.

Según el Almanaque del diario **La Tribuna**, hacia 1855 en Buenos Aires había 10 imprentas, 2 litografías y 11 librerías.<sup>50</sup> Las principales ciudades del interior ya contaban con imprentas que editaban periódicos, folletos y ocasionalmente libros. En los veinte años que siguieron a 1852, en Buenos Aires fueron fundados grandes talleres de impresión de libros (Coni, Kraft, Peuser, Biedma, Estrada) y de periódicos (**La Prensa**, **La Nación**) cuya actividad sería dominante hasta mediados del siglo XX. Los diarios y revistas se afirmaron como plataforma de acción de publicistas como Bartolomé Mitre, Valentín Alsina, Dalmacio Vélez Sarsfield, Lucio

Weinberg, Félix, **Esteban Echeverría. Ideólogo de la segunda revolución**, Buenos Aires, Taurus, 2006.

<sup>50</sup> Rivera, Jorge, *Ibid.*, p. 324.



Mansilla, Domingo Sarmiento; militares, abogados, hombres de letras que despuntaron como portavoces de una «generación» (del '80), cuya unidad social y horizontes liberales permitió desarrollar los proyectos políticos, económicos y culturales que predominaron en Argentina hasta el peronismo. Entre ellos se fue destacando un periodismo de especialización creciente en las figuras de José María Gutiérrez y José Cantilo.

Una marcada diferencia se observa entre los fundadores de imprentas y de periódicos. En el primer caso, fueron predominantemente extranjeros; en el segundo, criollos, líderes políticos oriundos de familias tradicionales. En síntesis, se puede afirmar que mientras la actividad literaria, periodística, intelectual se diferenciaba a partir de la acción de individuos de la elite local, el desarrollo complementario de la actividad impresora y librera fue emprendido por extranjeros que en algunos casos llegaron al país ya formados en su oficio.

Un caso destacado entre los impresores extranjeros del siglo XIX es el de Pablo Coni. Había nacido en Saint-Maló, Francia, el 30 de noviembre de 1826;<sup>51</sup> allí su padre habría animado el *Cabinet de Lecture et Librairie Coni*.<sup>52</sup> Se formó como maestro impresor en París y, después de la revolución de 1848 en la que combatió, decidió emigrar a California. En la escala del navío en Montevideo, Pablo conoció a líderes del movimiento unitario argentino. Allí el gobernador de Corrientes Pujol lo invitó a dirigir la Imprenta de la provincia junto a José Barnheim. Este encuentro demuestra la rareza de los capitales representados por un conocimiento en las artes de imprimir y comercializar impresos y la significación atribuida a los mismos para la afirmación de proyectos políticos, de una esfera pública. La moderna Imprenta del Estado de Corrientes fue elegida, entre otras cosas, para imprimir el primer sello postal del país y numerosas publicaciones del gobierno nacional de la Confederación. En 1859 Coni regresó con su familia a París y en 1863 se instaló definitivamente en Buenos Aires, donde abrió su propio taller. Llegó de Francia con un equipo de operarios y con máquinas modernas. A partir de entonces, los principales líderes políticos e intelectuales del poder como Alberdi, Mitre y Sarmiento confiaron en Coni la impresión de algunas obras. El crecimiento de su catálogo se apoyó en la edición de libros escolares<sup>53</sup> y en ediciones por encargo de organismos públicos<sup>54</sup> e ins-

tituciones de ciencia.<sup>55</sup> También publicó narrativa y poesía, entre otras **La vuelta de Martín Fierro**, de José Hernández, en 1879. Coni tuvo la oportunidad de ser representante para Argentina de unos fabricantes franceses de linotipias, pero prefirió seguir con la composición manual. Esa oferta de representación fue tomada por la Imprenta Serra Hermanos. A mediados de la década de 1870, Pablo Coni fue uno de los fundadores del Club Industrial, el cual en 1887 dio origen a la Unión Industrial Argentina. El club organizó la Primera Exposición de Industrias en 1877, y entre 1875 y 1884 Coni editó el órgano de difusión **El Industrial**. En aquella exposición, la fábrica La Primitiva expuso el primer pliego de papel producido en el país. Editores e impresores competían en cada una de estas exposiciones por la premiación de los mejores libros e impresos. En 1881, Pablo Coni fue Presidente de la Exposición Continental conmemorativa de los 300 años de Buenos Aires.

La posición de Coni entre los industriales evidencia la fuerza del sector impresor de Buenos Aires. En efecto, había gran cantidad de talleres que imprimían libros: en 1882 el **Anuario Bibliográfico de la República Argentina** de Navarro Viola contabilizaba 40 «editores». Once de ellos habían editado más de 10 libros ese año. Coni era el segundo en importancia, con 83 títulos, después de la Imprenta de Biedma (91) y seguido por Del Porvenir (61), De la República (36), Carlos Casavalle (32) y La Nación (32). Según el **Anuario**, el total de libros publicados ese año era de 544. Por otro lado, los impresores en 1870 ya publicaban los **Anales de la Sociedad Tipográfica Argentina**, y en 1878 protagonizaron la primera huelga del país. Poco después, en 1879, el Colegio Pio IX de Artes y Oficios inauguró el primer curso de formación en imprenta. Finalmente, en 1882 se organizó en Buenos Aires la Primera Exposición Continental de Obras Impresas, en la cual el librero montevideano Carlos Casavalle obtuvo la medalla de oro.<sup>56</sup>

Aun así, al tiempo de la organización del estado nacional la impresión de libros en Argentina continuaba siendo una rareza. Los libros llegaban de París, posiblemente de Londres o Nueva York. El comercio de libros producidos en Barcelona (de Espasa, Salvat, Gili, Sopena, Muntañer) y Madrid comenzó a ser regular en la década de 1850, aunque con grandes dificultades. La industria española no contaba con la estructura de la francesa, que permitía proyectarse sobre el mundo cultural iberoamericano sin quedar sujeta a los vaivenes políticos y económicos de los principales puertos. El reducido círculo de la elite letrada se apropiaba de estos productos en un espacio librero de cierta diferenciación. Así lo reseña Buonocore con su característico tono celebratorio:

El decenio de 1862 a 1872 fue fecundo para las artes gráficas. De año en año se suceden libreros y editores ilustres. Helos aquí: Carlos Casavalle, en 1862, con su Librería de Mayo; Coni, en 1862 (...) funda su taller; Kraft en 1864 (...); Peuser en 1867 abre las puertas de su Librería Nueva; los hermanos Igón adquieren en

<sup>51</sup> Grondona, Iván, *Ibid.*

<sup>52</sup> En tal periodo, «el comercio del libro era floreciente en el pequeño puerto bretón, con dos libreros-impresores (Hovius et Valais) y dos librerías (Mathurin Lebreton et Louis Hue)». Sorel, Patricia, **La Révolution du livre et de la presse en Bretagne (1780-1830)**, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2004, p. 141. En la detallada tesis de Sorel, estudio que se extiende hasta 1830, no figura Coni como agente del mundo del libro bretón.

<sup>53</sup> Por ejemplo, **Método de Lectura Gradual**, de D.F. Sarmiento (1870); **Compendio de Gramática i ortografía**, de Andrés Bello; **Anales de la Educación Común**. Para observar el peso creciente del sistema escolar y la importancia de los libros didácticos en el desarrollo de la industria editorial, se puede mencionar que en 1881 fue editada la 14.ª edición de la **Lección de Gramática** de Marcos Sastre, con una tirada de 10.000 ejemplares. Del mismo autor, en 1887 ya se habían publicado 37 ediciones de **Anagnosia**, nombre dado a un método para enseñar y aprender a leer.

<sup>54</sup> Por ejemplo: **Fallos de la Suprema Corte de Justicia**; **Proyecto de Código Civil** de Vélez Sarsfield; **Revista de Legislatura y Jurisprudencia**; **Revista Militar y Naval**; etc.

<sup>55</sup> **Anales del Museo Público de Buenos Aires**; **Anales Científicos Argentinos**; el **Boletín** y las **Actas de la Academia Nacional de Ciencias**; **Revista Científica y Literaria**; **El Agricultor**; **Revista de la Arquitectura**; **Revista Universitaria**, etc.

<sup>56</sup> De Sagastizábal, Leandro, *Ibid.*, p. 121 y p. 123.



1868 la histórica Librería del Colegio; Luis Jacobsen, recién llegado al Río de La Plata [desde Dinamarca], planta su famosa librería Europea en 1869 y, por último (...) Ángel Estrada, en 1871, instala en la calle San Martín entre Cuyo y Corrientes, en la llamada 'cuadra de las imprentas', su Imprenta Americana...<sup>57</sup>

Poco después abrieron los comercios de Joly, Brédhal y Félix Lajouane. Buonocore caracteriza a la librería-editorial de Casavalle<sup>58</sup> como la más comprometida con las elites del poder y a la Librería Europea de Jacobsen como polo cosmopolita. La caracterización del público lector como elite se debe antes al número hipotéticamente<sup>59</sup> reducido de consumidores que a su diferenciación por poder adquisitivo o capitales intelectuales. Prueba de ello es la eclosión de colecciones de estilo generalista y precios reducidos que pasaron a competir en la segunda mitad del siglo XIX. Se trataba de colecciones de editores franceses como Garnier, Hachette y —más tarde— Ollendorf, pero también españolas como las de Gaspar y Roig, Mellado y Fernández de los Ríos.<sup>60</sup> A pesar de la expansión del mercado, la forma de venta de los impresores-libreros seguía siendo predominantemente por suscripciones.

Jorge Rivera estima que entre 1880 y 1899 las imprentas de Biedma, Coni, Kraft y Peuser editaron 40 novelas de autores argentinos.<sup>61</sup> Aun así es posible observar el esbozo de dos polos del mercado: por un lado, librerías-editoras como Lajouane hacían imprimir lujosas ediciones en París y atendían a una selecta clientela de autores y lectores. Por otro, la evolución del espacio gráfico y periodístico inició la producción local de folletines de autores extranjeros y nacionales. Más allá, pequeños talleres de impresión (Tomassi, Roller, Matera) publicaban «cuadernillos gauchescos» que llegaban hasta un incipiente público lector en el campo.<sup>62</sup> Con estas dos últimas formas impresas por primera vez se apeló a un público lector anónimo. Bajo este cuadro, en 1872 fue publicado **El gaucho Martín Fierro** de José Hernández. Allí éste denuncia los males políticos y sociales de su tiempo a través de las penurias del paisano Martín Fierro. En pocos años se vendieron 48.000 ejemplares

del libro que pasó a ser considerado poema épico nacional.<sup>63</sup> Hacia fines de la década de 1880, varios autores argentinos habían gozado de éxito de ventas y un pionero de la auto-ayuda como Samuel Smiles llegó a vender 30.000 ejemplares de sus libros sobre el ahorro, el deber, la ayuda.<sup>64</sup>

Por otra parte, a medida que se incrementó la población extranjera en las últimas décadas del siglo XIX también se generaron subsistemas editoriales y culturales apoyados en la edición de periódicos y libros en otras lenguas, y en el desarrollo de asociaciones de inmigrantes que creaban sus propias estructuras de enseñanza.<sup>65</sup> Ante la imposibilidad de detenernos con mayor detalle sobre las relaciones entre el movimiento literario, de imprenta, librero, editorial y educativo, podemos señalar tres dimensiones que dan cuenta de la organización progresiva de un espacio editorial nacional: la agremiación del sector gráfico; la presencia del Estado en la planificación de acciones educativas apoyadas en la difusión del libro como instrumento de civilización y el surgimiento de un primer anuario bibliográfico.

Por un lado, en 1875 la Sociedad Tipográfica Bonaerense presentó reclamos para establecer un régimen arancelario para incentivar «la exoneración de derechos a las materias primas empleadas en los oficios (tipografía y litografía)» y producidas en el país.<sup>66</sup> Por otro lado, el presidente Domingo Sarmiento, que ya había creado un Consejo General de Educación, promovió en 1870 la creación de la Comisión Protectora de Bibliotecas Públicas. De allí en más, el Estado pasó a asumir un rol intermitente en el sostenimiento de instituciones particulares y públicas destinadas a la divulgación del libro y la lectura. Hacia 1876 ya habrían existido alrededor de 200 bibliotecas distribuidas en las regiones más pobladas del país.<sup>67</sup> Posteriormente, en 1884 Sarmiento solicitó

<sup>57</sup> Buonocore, Domingo, «Dos libreros de Buenos Aires: Carlos Casavalle y Luis Jacobsen», en 1955, *Ibid.*, p. 316.

<sup>58</sup> Sobre Carlos Casavalle véanse Piccirilli, Ricardo, **Carlos Casavalle. Impresor y bibliófilo**, Buenos Aires, Julio Suárez, 1942, y Pastormelo, Sergio, «1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial», en José Luis de Diego, *Ibid.*, pp. 19 y ss..

<sup>59</sup> Gran parte de las afirmaciones de esta caracterización del mundo del libro en Argentina permanecen como hipótesis en la medida en que hay pocos estudios que permitan ir a fondo con los problemas de la producción, comercio y lectura de impresos durante el siglo XIX.

<sup>60</sup> La lenta construcción del estado argentino luego de 1853 coincidió con un boom de la edición madrileña desde 1845, motivada por un salto en la expansión capitalista española. Botrel ha estudiado el intento de radicación en Buenos Aires de los impresores-libreros catalanes José Gaspar y José Roig, en 1852. Estos se apoyaban en el horizonte hispanoamericano con que lanzaron su Biblioteca Ilustrada en 1850, la cual concurría con emprendimientos similares de Mellado y Fernández de los Ríos: la consigna común era «producir barato para vender mucho». Botrel, Jean-François, «Gaspar y Rois et le rêve américain des éditeurs espagnols (1845-1861)», en AAVV, **Des moulins à papier aux bibliothèques. Le livre dans la France méridionale et l'Europe méditerranéenne (XVIIe-XIXe siècles)**, Montpellier, Université Paul Valéry, 2003, pp. 269-285.

<sup>61</sup> Rivera, *Ibid.*, p. 330.

<sup>62</sup> Rivera, *Ibid.*, p. 329.

<sup>63</sup> El mencionado estudio de Alejandro Eujanián aporta un cuadro ejemplar de las condiciones sociales y políticas que explican el fenómeno Martín Fierro. Para analizar las transformaciones de las comunidades de lectores entre el **Facundo** y el **Martín Fierro**, aborda las políticas educativas, la producción, circulación y recepción de libros, las funciones de la prensa, etc.. Propone elementos relacionales para comprender la formación de la crítica y del espacio público, como las oposiciones entre las prácticas de lectura en las tertulias de elite y en los fogones en el campo. Este trabajo logra una síntesis muy equilibrada de los factores complejos que asocia el caso-límite del **Martín Fierro**, como los desafíos que la lectura en voz alta y en medios rurales impuso a las elites letradas y urbanas. Muestra además la polivalencia de la obra a partir de sus recepciones populares y eruditas. Demuestra el desplazamiento de las posturas del autor desde la crítica social hacia la moralización de las masas rurales y su «civilización» a través de su educación, en tanto que fuerza productiva esencial del sistema económico nacional. La trayectoria de Hernández es trabajada por Eujanián al punto de demostrar sus desplazamientos desde las márgenes del poder hacia la búsqueda de reconocimiento literario y político entre las elites tradicionales.

<sup>64</sup> Sobre la eclosión de colecciones «populares», folletines y best sellers hacia finales del siglo XIX, véanse, aparte del trabajo de Eujanián, Prieto, *Ibid* y Pastormello *Ibid.*, p. 12 y ss..

<sup>65</sup> Desde 1857 hasta 1916 ingresaron al país 4.758.729 inmigrantes, de los cuales se radicaron 2.575.021. La inmigración significó el 60% del crecimiento demográfico del país entre 1869 y 1929. Gómez, Hernán, **Expansão do espaço jornalístico e transformações sociais em Buenos Aires, Argentina (1890-1940)**, Tesis de doctorado, Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro, 2005, p. 1.

<sup>66</sup> Imprenta Peuser, *Ibid.*, p. 27.

<sup>67</sup> El Consejo de Escuelas y la Comisión de Bibliotecas difundían sus políticas a través de **La educación común**, una revista quincenal ilustrada. La política de fomento de bibliotecas populares fue casi abandonada hacia fines del siglo XIX. Volvió a emerger con gran fuerza a partir de los gobiernos



autorización a Eduardo Wilde, Ministro de Instrucción Pública durante la presidencia de Julio A. Roca, para realizar un viaje a Santiago de Chile para implementar un proyecto de fomento a la publicación de libros en castellano. El objetivo era ayudar a «los editores-libreros al pago de costos de edición». La iniciativa fue aceptada por los gobiernos de Chile, Uruguay y Colombia, dando origen a un «Convenio sobre fomento y propagación de publicaciones útiles». El objetivo era subvencionar «la producción, la traducción y publicación en lengua castellana de obras de lectura general». El acuerdo establecía la proporción de recursos que le correspondía invertir a cada Estado y de ejemplares que recibirían a cambio. Además proponía incluir dichos gastos en ediciones en el presupuesto nacional.<sup>68</sup>

Finalmente, entre 1879 y 1887 el escritor católico Alberto Navarro Viola organizó y publicó el **Anuario Bibliográfico de la República Argentina**.<sup>69</sup> Como demuestra Leandro de Sagastizábal, al cuantificar, clasificar y ordenar la producción editorial del país y los libros que circulaban en un mercado local del libro, Navarro Viola dinamizó disputas por regular los criterios de control y valoración de los «buenos libros» y de las actividades del mundo editorial. Esto se expresó en un extenso debate entre Navarro Viola y Ernesto Quesada, escritor que ladeó a su padre en la organización de la Biblioteca Nacional y devino un teórico de la bibliografía nacional. Entre otros aspectos, el **Anuario** permite observar el número de imprentas, librerías y otros engranajes de la edición, así como la publicidad, los premios literarios, las revistas y periódicos donde se diferenciaba la crítica. Estableció así un medio inédito para unificar, imaginar, totalizar un espacio regional de producción, circulación y consumo de libros.

### «El libro al alcance de todos»: hacia la formación de un mercado nacional del libro

A pesar de los fenómenos que aquí observamos, es preciso resaltar el hecho de que, hasta la primera guerra mundial, la edición de libros no fue una actividad diferenciada. Dependía de la lógica comercial de la librería, del mecenazgo privado u oficial y de un mundo de la imprenta dominado antes que nada por la producción de diarios y periódicos. Para la década de 1880, el **Anuario Bibliográfico** de Navarro Viola estimaba la producción de periódicos en Argentina a partir del siguiente recuento estadístico:

#### Publicaciones periódicas por frecuencia de edición<sup>70</sup>

	1881	1884	1887
Publicados diariamente	38	65	80
Semanalmente	41	106	121
Quincenalmente	20	28	25
Mensualmente	15	31	45
Anualmente	2	5	10
<b>Total</b>	<b>165</b>	<b>348</b>	<b>443</b>

#### Publicaciones periódicas por lengua de edición

	1881	1884	1887
Castellano	145	316	396
Otras lenguas	20	32	47

**La Prensa, Sud América** y otros diarios importantes apelaban, de modo discontinuo, a la edición de folletines por fascículos que, en algunos casos, después eran reunidos en libros rústicos. Pero entre todas las empresas periodísticas, la principal responsable por la popularización del libro y la consecuente formación de las dimensiones de un mercado nacional, fue el diario **La Nación**.<sup>71</sup> A partir de 1901 lanzó la Biblioteca de La Nación. La decisión de crear la colección fue impulsada por el Director Emilio Mitre cuando el diario incorporó linotipos. La renovación tecnológica hubiera dejado sin trabajo a 400 empleados. La edición de libros permitiría evitar ese problema social y seguir aprovechando maquinarias de composición manual, vetustas para la época. La dirección de la colección estuvo en manos de Roberto J. Payró y José María Drago. En las páginas de ese diario Rubén Darío movilizaba el modernismo americanista. Roberto Payró despuntaba en este movimiento y se afirmaba entre los pocos escritores que comenzaron a vivir de su pluma, en la doble condición de escritores-periodistas.<sup>72</sup> El sustento a la creación literaria autónoma por las grandes empresas periodísticas está en la base de las ambivalencias en el pensamiento de Payró, quien adhería a la defensa del «arte utilitario» en la línea de Saint-Beuve pero también promovía un arte desinteresado, contrapuesto a los nuevos valores del mundo mercantil e industrializado.<sup>73</sup>

Hasta el fin de su ciclo en 1920, la «Biblioteca La Nación» editó 872 títulos y 1.500.000 ejemplares.<sup>74</sup> Acompañando la multiplicación geométrica de la población alfabetizada (un aumento de 250% entre 1895 y 1914)<sup>75</sup>, fue por esos años la principal vía de

«populares» del radicalismo en la década de 1920 y del peronismo después de 1945. Hacia 1949 había 2.400 bibliotecas populares.

<sup>68</sup> Cfr. Auza, Néstor Tomás, **Sarmiento, precursor latinoamericano del libro**, 1988, citado en De Sagastizábal, Leandro, 2002, *Ibid.*, pp. 97-98.

<sup>69</sup> Navarro Viola era un abogado escritor, bibliófilo y editor que, al tiempo de publicar el **Anuario**, se desempeñaba como Secretario Privado del Presidente de la Nación Julio A. Roca.

<sup>70</sup> Tabla del **Anuario Bibliográfico de la República Argentina**, Tomo IX (1888), reproducido en De Sagastizábal, Leandro, *Ibid.*, p. 129.

<sup>71</sup> Para un estudio sobre la expansión del espacio periodístico en Buenos Aires, véase Gómez, Hernán, *Ibid.*

<sup>72</sup> La profesionalización del escritor fue posibilitada por los diarios de gran circulación y por revistas ilustradas como **Caras y Caretas**, que pagaban de forma regular por las colaboraciones literarias. Esa revista fue creada en 1898 por el periodista español Eustaquio Pellicer.

<sup>73</sup> Rivera, *Ibid.*, p. 335.

<sup>74</sup> Severino, Jorge, «Biblioteca de 'La Nación' (1901-1920). Los anaqueles del pueblo», en **Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos**, n° 1, 1996, pp. 57-94.

<sup>75</sup> De Sagastizábal, Leandro, **La edición de libros en Argentina. Una empresa de cultura**, Buenos Aires, EUDEBA, 1995, p. 47.

edición de literatura universal y argentina en Buenos Aires. Acorde a nuevos gustos de una clase media en formación, el catálogo abarcó clásicos de la literatura «universal» (Goethe, Shakespeare, Ibsen, Dostoievsky, Chejov, Twain, Eça de Queiróz, Tolstoi), mucha literatura de gran aceptación pública en la época, particularmente francesa (Zola, Verne, Dumas, Jules Mary, Paul Feval, Salgari, Stevenson), y sólo 20 autores argentinos, los cuales, sin embargo, aseguraban los mayores réditos simbólicos para las apuestas de una colección que hiciera justicia a su nombre. Como afirman Auza y Trenti Rocamora, la Biblioteca de La Nación «incluye entre sus títulos muchos de los textos pertenecientes a los clásicos argentinos del siglo XIX y los coloca al alcance del público que de otro modo, probablemente, no hubiera tenido oportunidad de leerlos por ser muchos inéditos y otros provenientes de antiguas y cortas ediciones, totalmente agotadas por entonces. Naturalmente Mitre, pero también Sarmiento, Vicente Fidel López, Miguel Cané, García Mérou, Lucio V. Mansila, Echeverría, entre otros figuran en el catálogo de la Biblioteca, matizando el pensamiento nacional con el mensaje que transmitían los escritores más representativos de la narrativa mundial». <sup>76</sup> En síntesis, esta biblioteca representó el primer proyecto editorial argentino pensado para un público general. <sup>77</sup>

Al confirmar la existencia de un amplio público lector, <sup>78</sup> la «Biblioteca La Nación» indicó una estrategia que marca la historia del libro en Argentina: la edición de libros de bajo costo, de altas tiradas y a ser distribuido por canales no tradicionales para poner «el libro al alcance de todos». Hacia 1920, cuando dejó de aparecer, la divulgación masiva del «libro barato» ya orientaba el perfil de los dos principales proyectos editoriales desarrollados en el país entre 1915 y esa fecha: «La Cultura Argentina» (1915-1925) y la «Biblioteca Argentina», <sup>79</sup> creados y dirigidos por José Ingenieros y Ricardo Rojas, respectivamente. Los nombres y *slogans* de las dos colecciones-editoriales transluce el filón a explotar por la edición argentina en los años de la guerra y subse-

cuentes. El *slogan* de La Cultura Argentina era «Ediciones de libros nacionales»; el de la Biblioteca Argentina era «Publicación mensual de los mejores libros nacionales»: libros sobre la nación y preferentemente de autores nacionales. Ambas pretendían afirmarse como proyectos pedagógicos independientes, de difusión masiva. Las figuras de lector eran el estudiante, el obrero, el inmigrante a asimilar, de allí que un factor central de producción y venta fuera el precio accesible. <sup>80</sup> Las dos buscaron crear alternativas para la publicación de libros de autores «como los propios editores» y reeditar «clásicos del pensamiento argentino» que, a excepción de los pocos editados por la Biblioteca La Nación, nunca habían sido publicados en gran escala. Ambas colecciones no fueron proyectos de editoriales sino de intelectuales dominantes que idearon una colección autónoma a imprimir por un taller (Rosso) y por una librería (Librería del Colegio) importantes, cuyos nombres aparecían de modo sobrio, en tapas o colofones. Es preciso destacar el hecho de que, al igual que la Biblioteca de La Nación, estas colecciones no fueron proyectos de editores sino de intelectuales que divulgaron un sistema de autores y obras a partir de talleres de impresión. Igual es el caso de un tercer proyecto editorial de gran impacto, desarrollado en 1916: la Cooperativa de Buenos Aires. Éste fue liderado por los escritores Manuel Gálvez y el uruguayo Horacio Quiroga. <sup>81</sup> A pesar del éxito de ventas de sus obras literarias, estos autores crearon una cooperativa entre pares ante la disconformidad frente a las posibilidades de edición de la literatura nacional contemporánea. En síntesis, se trató de grandes proyectos de «edición sin editor».

Estas colecciones fueron decisivas en la formación de un primer canon de la literatura y el *pensamiento argentino* impreso. Las disputas entre estos sellos y muchos otros por la edición de los autores representativos de las letras, la historia, la filosofía o la política nacionales marcó un cambio de estado del espacio editorial argentino. Desde el inicio de la Primera Guerra Mundial, la edición de la producción literaria e intelectual nacional comenzó a igualar el fondo de traducciones en las que se apoyó la génesis del espacio intelectual y editorial argentino. <sup>82</sup> Antes que una sustitución de lo extranjero por lo nacional, se puede postular la hipótesis de que el éxito alcanzado por las colecciones de «libros

<sup>76</sup> Auza, Néstor y J.L. Trenti Rocamora, **Estudio e índice de la colección «La Cultura Argentina» (1915-1925)**, Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos, Serie Estudios, N° 3, 1997, p. 24.

<sup>77</sup> Para Jorge Severino, «fue la biblioteca de los pobres y de la clase media (...) sin excluir a los pobladores de la campaña» (*Ibid.*, p. 57). Aun cuando tal caracterización deba ser investigada a la luz de las condiciones de clase y de las representaciones concretas que pudieron figurarse los impulsores del proyecto editorial y los propios lectores, es innegable que la colección fomentó la eclosión de una importante masa de lectores. Ésta fue la gran contribución de la «Biblioteca La Nación» al escenario cultural argentino.

<sup>78</sup> Entre 1869 y 1914 la población alfabetizada pasó del 20 al 60%, y hacia fines de la década de 1920 el porcentaje de nativos alfabetizados rondaba el 90% (Rivera, *Ibid.*, p. 349 y Sarlo, Beatriz, *Ibid.*, p. 18).

<sup>79</sup> Después de la muerte de Ingenieros, en 1925, La Cultura Argentina fue seguida por Lorenzo Rosso, su impresor y distribuidor. Al comienzo continuó la edición del fondo sin el sello LCA, después lo substituyó por el de La Cultura Popular, preservando las características gráficas. Finalmente restituyó el de La Cultura Argentina hasta su muerte, en 1935. Jorge Rivera constata la continuidad entre ambos proyectos: «se registran los mismos textos canónicos de Alberdi, Sarmiento, Avellaneda, Mitre, Gutiérrez, etc., con el agregado de textos positivistas (Álvarez, Ramos Mejía, Bunge), de algunos poetas románticos tardíos (Ricardo Gutiérrez, Carlos Ortiz, José de Maturana), de autores con arraigo popular (Fray Mocho, Evaristo Carriego, Almafuerte), de viajeros ingleses (Nead, Gillespie, Proctor, King), de memorialistas (Paz, Arenales, Mansilla), etc. (Rivera, *Ibid.*, pp. 142-143). El detallado estudio de Auza y Trenti Rocamora sobre La Cultura Argentina (*Ibid.*) incluye la reconstitución completa del catálogo.

<sup>80</sup> En la contratapa de cada ejemplar de la primera colección se lee: «La Cultura Argentina no tiene subvenciones ni vende ejemplares a las reparticiones públicas; La Cultura Argentina edita en el país y vende los libros a precio de costo; La Cultura Argentina persigue fines educativos y no es una empresa comercial». En la contratapa de los libros de la segunda se manifestaba: «Esta Biblioteca publicará mensualmente, en condiciones económicas, los mejores o más famosos libros nacionales con el objeto de contribuir a la educación popular, por la obra de nuestros más esclarecidos autores. Fundada esta Biblioteca por iniciativa particular, ella sale a la luz sin subvención alguna del Estado, librado su éxito al apoyo del pueblo, que podrá adquirir cada volumen por 1,50 \$ m/n. Para ponerla al alcance de estudiantes y obreros, a quienes especialmente se la destina (...)».

<sup>81</sup> También participaron la poetisa Alfonsina Storni, Juan Carlos Dávalos y Benito Lynch. En cinco años consiguieron buenas ventas para 68 títulos. Es interesante notar que al tiempo en que desarrollaron este proyecto, Gálvez y Quiroga planearon (sin lograr realizar) una empresa cinematográfica en 1917 (Rivera, *Ibid.*, p. 361).

<sup>82</sup> Este nuevo tiempo y su precedente (caracterizado por el predominio de las traducciones en la «Biblioteca La Nación») concuerdan con el esquema propuesto por Pascale Casanova (*Ibid.*) sobre las relaciones entre traducción y constitución de sistemas literarios y editoriales nacionales.

nacionales» fue correlativo a una caída de las traducciones de literatura extranjera, a excepción de autores de gran difusión, como Anatole France o H. G. Wells. El filón de la literatura traducida de vocación pública fue continuado por la Editorial Tor, fundada en 1916 por el español Juan C. Torrendel, quien radicalizó el abaratamiento y popularización del libro.

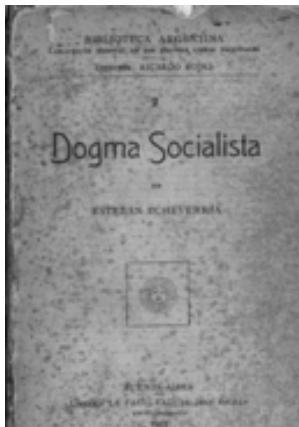
[ 1 ]



[ 2 ]



[ 3 ]



[ 4 ]



Las formas materiales de los objetos impresos es la vía de entrada para observar la diferenciación creciente del espacio editorial y cultural argentino hacia fines de la década de 1910. Los libros de la Biblioteca de La Nación eran pequeños (16,5 X 12 cms.), con tapas de color gris o marrón con guardas en estilo *art nouveau*. La mayoría de los libros de esta colección salían en tapas duras y en rústica. Las formas de las colecciones de Ingenieros y Rojas se alineaban con parámetros «modernos»: tapas sobrias de un solo color claro, líneas rectas y el ícono de cada colección en posición central. Las tapas de los libros de Tor señalarían una continuidad con las de las revistas ilustradas: eran coloridas, con dibujos simples y la indicación en contratapa de la variedad de géneros abarcados por esta línea editorial. Siguiendo la tradición española, los nombres de los autores eran castellanizados.

La representación del obrero y el estudiante como lector también orientó el surgimiento de la editorial Claridad, fundada por Antonio

Zamora<sup>83</sup> alrededor de la colección «Los Pensadores» («Publicación semanal de obras selectas»). La misma comenzó a ser editada en febrero de 1922 con un título de Anatole France. Si bien este lanzamiento era una apuesta segura, el lema sarmientino que ladeaba al sello («Educar al soberano») sostenía la idea de que la editorial «no debía ser una empresa comercial, sino una especie de universidad popular»<sup>84</sup>. Para garantizar esta vocación, los dirigentes de Claridad ofrecían una tribuna «incontaminada, no comercializada y firme en su orientación pacifista por excelencia, laica, revolucionaria y de corte ecléctico».<sup>85</sup> Zamora había nacido en Zaragoza, España, y estaba afiliado al Partido Socialista. La creación de la revista **Claridad**, en julio de 1926, fue patrocinada por los dirigentes Alfredo Palacios, Mario Bravo y Juan B. Justo. El nombre se inspiraba en *Clarté* (*liga de solidaridad intelectual por el triunfo de la causa internacional*), creada en París en 1921 por Henri Barbusse. El ícono de la editorial era el pensador de Rodin. Si bien entre 1930 y 1959 Zamora fue electo en varias oportunidades y ocupó importantes cargos públicos, la editorial no funcionó como órgano de Partido. Mantuvo sí un estricto lineamiento internacionalista. Sus ediciones formaron el grueso de las bibliotecas de los centros socialistas a través de los cuales se alfabetizó a amplios contingentes (argentinos y extranjeros) de las barriadas populares de las principales capitales.

Como demuestra Luis Alberto Romero, Claridad y Tor promovieron un fuerte cambio cultural. En la genealogía de editoriales *generalistas*<sup>86</sup> que venimos siguiendo, Tor y Claridad difundieron su obra en un momento en que fue posible acentuar la real llegada del libro barato a los barrios periféricos, a las nuevas camadas alfabetizadas (extranjeros inmigrantes, obreros, migrantes rurales), al interior, a otros países de América Latina. Romero afirma que, a pesar de la representación del «público popular» manifiesta por las colecciones de Ingenieros y Rojas, La Cultura Argentina y la Biblioteca Argentina objetivaban la demanda de *un público lector ya formado* y comprometido en los debates intelectuales de las décadas del diez y del veinte.<sup>87</sup> Desde un comienzo, «Los Pensadores» apostó a las altas tiradas y la gran distribución. De cada número se publicaban al menos 5.000 ejemplares, que se vendían a 0,20 centavos. Ya a mediados de los años treinta se estima que las tiradas de la revista **Claridad** alcanzaban 10.000 ejemplares, mitad de los cuales se comercializaba, junto a los libros de la editorial, en una red de librerías y kioscos que abarcaba todo el continente. Los libros se editaban en tapas de cartón forrado y en formato mayor (13 x 18 cms.) que las colec-

<sup>83</sup> Zamora nació en España en 1896. Ingresó al medio gráfico a través del diario **La Montaña**.

<sup>84</sup> Emilio Corbière, citado en Cassone, Florencia, «Pensamiento y acción socialista en Claridad», en Girbal Blacha y Quatrocchi-Woisson (orgs.), *Ibid.*, p. 96.

<sup>85</sup> La Dirección, «Síntesis de la obra de Claridad al cumplir una nueva etapa de su vida», **Claridad**, N° 322, febrero de 1938, citado en Cassone, *Ibid.*, p. 105.

<sup>86</sup> Editorial *generalista* corresponde a la representación nativa que producen los propios editores cuando se refieren a catálogos diversificados y orientados a públicos diversos. De ningún modo debería ser pasada por alto esta denominación para absorberla en nociones como ediciones «populares». La caracterización de «sectores populares», como propone por ejemplo Romero (*Ibid.*), introduce un sesgo desde intereses intelectuales del presente que puede violentar el orden simbólico y social de otro periodo histórico.

<sup>87</sup> Romero, Luis Alberto, *Ibid.*, p. 46.

ciones precedentes. En general, se trataba de volúmenes de más de 200 páginas y su precio era solamente 1 peso, un tercio del jornal de un obrero, proporción impensable para los actuales esquemas de formación de valor de los bienes editoriales. La localización de la editorial y de su taller de impresión en el sur de la ciudad de Buenos Aires era congruente con el sistema de elecciones culturales y políticas.<sup>88</sup>

En su acción literaria, Claridad fue una de las plataformas de edición y el espacio de reunión predilecto del grupo Boedo. Leónidas Barletta y César Tiempo, por ejemplo, acompañaban a Zamora en la dirección. Por oposición a la estética pura cultivada en el círculo de Florida, Claridad reposaba sobre el realismo y la crítica social. A diferencia de las colecciones precedentes de «libros nacionales», Claridad regeneró la traducción y difusión de autores de diverso origen nacional y lingüístico. Prosiguió, en alguna medida, la función genética del campo cultural nacional que requería la consolidación de un público lector. Como afirma Patricia Wilson, la traducción por entonces continuó sustentando «la adquisición de un patrimonio cultural, el entretenimiento y la sensibilización ante los problemas sociales».<sup>89</sup> Las elites letradas no dejaron de ser provistas de las cuidadas ediciones de libreros y bibliófilos como Félix Lajouane. La vanguardia literaria, por su lado, lanzaba sus ediciones por libreros y editores como Manuel Gleizer y Samuel Glusberg, afín a la reproducción de un círculo de producción intelectual restringido.

Entre 1900 y 1935, en Argentina se publicaron 2.350 títulos.<sup>90</sup> Si bien no es fácil estimar la significación cuantitativa por relación a la población del país y la evolución del sistema de enseñanza, se puede afirmar que la edición de libros argentinos pasó a ser imaginada como un pilar de afirmación de la cultura nacional en el escenario internacional, especialmente hispano-americano. Así lo manifiestan las repercusiones que tuvo la Primera Exposición Nacional del Libro en 1928.<sup>91</sup> Un portavoz de ese evento entre la gente del libro en la Argentina fue Alberto Gerchunoff:

La Argentina lee. Lee desmesuradamente, inmensamente, ansiosamente, con la ansiedad con que se lee no bien se ha aprendido a leer. Y tiempo vendrá en que no habrá leído en vano. Lee bien y lee mal. El hombre argentino ha comprendido el valor del libro, ha comenzado a refugiarse en el libro, a amar esa cosa deliciosa

y fiel, confidencial y melancólica, que es el escondido tesoro que nos brinda la página abierta.<sup>92</sup>

La significación del discurso triunfalista del autor de **Los gauchos judíos** reside en su poder de fijación de una idea que eclosionó con las ventas masivas del **Martín Fierro**, se asentó con las colecciones de libros baratos iniciadas por **La Nación** e influyó en las apuestas por el público de masas de editores que, como Gonzalo Losada, Arnaldo Orfila Reynal o Boris Spivacow, atraviesan el siglo y remarcaban un hecho único entre los mercados editoriales de América Latina.<sup>93</sup>

### Los republicanos españoles y la formación de un mercado editorial hispanoamericano

La década de 1930 cobijó tres dimensiones indispensables que completan la condición de un campo editorial: la multiplicación de sucursales de editoriales extranjeras, especialmente españolas; la separación progresiva de las prácticas editoriales de las de impresión y de librería y la agremiación de los editores en una sociedad. Al final de ese período se suma otro factor externo de gran significación: el exilio de intelectuales y editores españoles republicanos en Argentina y México. De modo general, es posible afirmar que la evolución del mundo editorial en lengua castellana fue (y es) segmentada por los tiempos y la estructura del mercado español. Desde las emancipaciones de las colonias, éste dependió de las importaciones americanas. Botrel evidencia esa condición de interdependencia temprana a través de la presencia de mercaderes de libros españoles en el Nuevo Mundo.<sup>94</sup> Lo que genéricamente se denomina «el exilio republicano» movilizó otros intereses que trascendieron el horizonte de acciones editoriales. Ellos fueron de naturaleza política, académica, intelectual. Este fenómeno no debe comprenderse monocausalmente, sino como el injerto de nuevas figuras, miradas, capitales sobre un eferescente estado de los campos intelectuales en América Latina, los que a su vez representaron tierra firme para la reconversión de los proyectos republicanos truncados. Como si los «republicanos» hubieran actuado como nuevos conductos de comunicación y circulación entre editores, intelectuales y políticos de México y Argentina.

Bajo esta premisa, es estratégico observar las transformaciones del campo editorial argentino a la luz de las relaciones entre argen-

<sup>88</sup> Más acá en el tiempo, la edición para el «gran público» también guió las innovaciones de José Boris Spivacow en EUDEBA (1959) y en el Centro Editor de América Latina (1966).

<sup>89</sup> Según P. Willson (*Ibid.*), solo en los años '40 la traducción se amplió hacia autores funcionales a las afirmaciones estéticas de las vanguardias. Como paradigma, la autora contrapone las traducciones tardías de Henry James frente a las tempranas de H. G. Wells. Las mismas fueron realizadas hacia 1945 por Jorge Luis Borges y José Bianco para la editorial Sur de Victoria Ocampo.

<sup>90</sup> Esta cifra se distribuye de la siguiente manera: 400 libros entre 1900 y 1910; 550 entre 1911 y 1920; 650 entre 1921 y 1930; y 750 entre 1931 y 1935 (Rivera, *Ibid.*, p. 349). El importante aporte de Rivera aún espera por investigaciones más detalladas que lleven a verificar o corregir estos datos estadísticos fundamentales para la historia del libro en Argentina.

<sup>91</sup> «Celebración de la Primera Exposición del Libro Nacional», **La Literatura Argentina**, n° 2, octubre de 1928.

<sup>92</sup> Gerchunoff, Alberto, «Alabanza del buen tesoro. Las 2.500 librerías argentinas y la exposición del libro», **La Nación**, 21 de septiembre de 1928 -reproducido en Buonocore, 1955, *Ibid.*, p. 322.

<sup>93</sup> La significación de esta creencia generadora de prácticas no necesariamente conlleva correlatos estadísticos y podría ponderarse en su versión antitética, que persiste en poderosos mercados editoriales como el brasileño, el mexicano y, con algunos ribetes, el español. En estos países es constante la expresión de representantes del mundo del libro que caracterizan sus países como carentes de lectores, aun cuando algunos indicadores estadísticos e institucionales puedan refutar esta representación.

<sup>94</sup> Botrel, *Ibid.*. Las relaciones entre el mundo editorial argentino y español es un tema de especialización de Fabio Espósito (*Ibid.*), quien actualmente desarrolla un proyecto Junto a José Luis de Diego y colegas españoles para profundizar el conocimiento de ese tema. Primeros resultados de esa cooperación han aparecido en el N° 15 (2009) de la revista digital **Orbis Tertius** de la Universidad Nacional de La Plata.



tinios, españoles y mexicanos que generó el Fondo de Cultura Económica (FCE), una editorial que es un casi sinónimo de «libros de México». En otras palabras, en función del nuevo estado de las relaciones internacionales que gravitaron en las subsecuentes transformaciones del campo editorial argentino, resulta estratégico pasar a observarlo desde el exterior. Me detendré en particular en dos aspectos: la trayectoria del editor argentino Arnaldo Orfila Reynal, que dirigió el FCE durante casi 20 años, y la división de nichos de edición entre Argentina y México a partir de los años 40.

La historia editorial de México y Argentina fue otra después de la Guerra Civil Española. Hacia fines de los años '30, los exiliados republicanos fundaron editoriales o renovaron casas ya existentes, produciendo efectos de campo.<sup>95</sup> Desde entonces la escala del mundo editorial en lengua castellana fue definitivamente iberoamericana. Al ritmo del exilio y de las crisis de las guerras, de los procesos de urbanización y de la expansión de la escolarización, el mercado editorial argentino creció a un ritmo inusual. Se fundaron editoriales de todo tipo, se consolidaron institucionalmente los diferentes gremios y asociaciones sectoriales y se exportaron libros a todos los países iberoamericanos. En Argentina, algunos rasgos de esta configuración ya estaban presentes antes del exilio republicano. Por un lado, se puede señalar que, como vimos, los españoles ya protagonizaban importantes emprendimientos editoriales. Benito Hortelano hacia 1880; el gallego Valerio Abeledo, que instaló en 1901 una librería que dominaría el espacio de ediciones de libros jurídicos; Pedro García, fundador en 1912 de la librería El Ateneo, que dominaría gran parte de la distribución nacional de libros y la edición de obras sobre técnica, ciencia y medicina en América Latina; posteriormente los mencionados casos de Juan Torrendel en Tor y de Antonio Zamora en Claridad. Por otro lado, en la década de 1920 se instalaron sucursales de editoras españolas: Labor en 1920, Espasa-Calpe en 1925. Esta última fue dirigida por Joaquín Gil y allí trabajó Gonzalo Losada una vez que se radicó en el país hacia 1928. En 1936, al recrudecer la Guerra Civil española, Espasa-Calpe Argentina S.A. comenzó a editar con independencia de la casa matriz e hizo punta al lanzar la Colección Austral, dirigida por Guillermo de Torre. Hacia 1938, tras el triunfo de los nacionalistas, la sede española

se declaró pro-franquista y reclamó subordinación a la sucursal argentina. La doble presión, comercial y política, hizo que Gil y Losada fundaran sus propias editoriales homónimas. Losada dominó la edición literaria en Argentina por varias décadas.<sup>96</sup> Entre los exiliados, Antonio López Llausás se incorporó hacia 1939 en la editorial Sudamericana, creada poco antes por el poeta Oliverio Girondo y la escritora y mecenas Victoria Ocampo. Lentamente se convirtió en accionista principal y hacia la década de 1960 Sudamericana era la cuarta empresa editorial del país con un catálogo exclusivamente literario. Otro caso relevante fue el de la editorial Emecé, creada en 1939 por los gallegos Medina del Río y Álvaro de las Casas, con recursos aportados por Alejandro Braun Menéndez. Emecé comenzó publicando textos en gallego. Al igual que en el caso de Llausás, los editores españoles se apoyaron en iniciativas intelectuales o en socios capitalistas argentinos. Gracias a la estructura ya firme del campo editorial y al universo cultural argentinos, Losada, Sudamericana y Emecé rápidamente consiguieron devenir grandes empresas especializadas en literatura. La guerra benefició a todo el mercado argentino, que desde fines de los años '30 ya era el principal productor de libros en castellano. La distribución continental de los libros, que ya era realidad para empresas anteriores como Tor, El Ateneo y Claridad, cimentó el prestigio de aquellos sellos que pasaron a ser elegidos como plataforma de edición de importantes escritores de otros países latinoamericanos.

Se puede afirmar que en Argentina los republicanos crearon muchas editoriales y que en México se reunieron alrededor de un proyecto político-cultural de Estado que gravitó en torno a la editorial Fondo de Cultura Económica (FCE) y a las figuras de Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes.<sup>97</sup> Esta divergencia apunta a una relación muy diferente en cada caso nacional entre intelectuales y Estado y al origen de una cierta división entre los géneros editoriales predominantes en la Argentina (literatura) y en México (ciencias sociales y humanidades). El FCE fue fundado en septiembre de 1934. Como indica su nombre, la economía era un asunto central en un país fuertemente afectado por la crisis del '29. El origen del FCE remite a la acción de Eduardo Villaseñor, Emigdio Martínez Adame, Daniel Cosío Villegas y a un conjunto de jóvenes que, desde fines de los años veinte, reconvirtieron sus carreras de derecho en doctorados en economía, obtenidos, principalmente, en la London School of Economics y en Harvard.<sup>98</sup> Para la fundación de la editorial reunieron un importante capital entre una veintena de bancos estatales y empresas privadas, lo que denota el flujo de los fundadores entre las elites modernizadoras del Estado mexicano.

<sup>95</sup> Con *efecto de campo* me refiero al impacto que producen las apuestas innovadoras de nuevos editores sobre el tablero editorial y entre los especialistas establecidos. Como en todo campo, las relaciones internacionales cuentan entre los principales factores de diferenciación y autonomización. Las mismas pueden expresarse en prácticas de mercado típicas (exportación e importación de libros, compra y venta de licencias, etc.) y en experiencias profesionales o no, como las resultantes de exilios, que impulsan la importación de modelos de comportamiento, estrategias comerciales innovadoras, etc.. En la evolución de los mercados editoriales, los vínculos internacionales pasaron a ser regulados, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, a través de instituciones transnacionales como la Unión Internacional de Editores y el Grupo Interamericano de Editores, de ferias internacionales, congresos, revistas especializadas, programas de formación superior. Efecto decisivo tuvieron en diferentes períodos instituciones de expansión internacional de países hegemónicos, como el *Franklin Book Program*, ligado al Departamento de Estado de Estados Unidos. En el marco de la Alianza para el Progreso, eso produjo algunos aportes (como el estudio de Eustacio García de 1965) y considerable «daño» en las redes editoriales e intelectuales del americanismo (Gustavo Sorá, «Edición y política. Guerra fría en la cultura latinoamericana de los años 60», *Revista del Museo de Antropología*, N° 1, Córdoba, 2008, pp. 97-114).

<sup>96</sup> Schwarzstein, Dora, **Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina**, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 148 y ss..

<sup>97</sup> En México, otras editoriales fundadas por republicanos fueron Séneca (Juan Larrea y Eugenio Ímaz, colaborador de la *Revista de Occidente*) y Edipsa (Rafael Giménez Siles y Miguel Prieto). Al contrastar los dos mercados nacionales, se observa en México un reconocimiento muy dispar entre el FCE y las restantes editoriales fundadas por españoles, y en Argentina un panorama más equilibrado entre las editoriales concurrentes de tal origen.

<sup>98</sup> La propia Escuela de Economía se creó en 1929 como apéndice de la Facultad de Derecho. La mayor parte de las referencias en este bosquejo del FCE están extraídas de **Libro conmemorativo del 45 aniversario. Fondo de Cultura Económica**, México, FCE, 1980 y de Díaz Arciniega, Víctor, **Historia de la Casa Fondo de Cultura Económica (1934-1994)**, México, FCE, 1994.

Como es habitual en muchas editoriales orientadas al mercado universitario, la edición de libros por parte del FCE estuvo desde el principio vinculada al éxito de una revista: **El Trimestre Económico**. Los primeros libros salieron en 1935: **El dólar de plata**, de William P. Shea, y **Karl Marx**, de Harold Laski, los que iniciaron la «Sección Economía». Pero la publicación de libros sólo pasó a ser regular en 1939,<sup>99</sup> después de la reconfirmación de Daniel Cosío Villegas como director y del arribo planificado de republicanos españoles, cuyo centro intelectual fue La Casa de España, institución creada como un anexo del FCE.<sup>100</sup> En 1937 se abrió la «Sección Ciencia Política», posteriormente denominada de «Política y Derecho», con la publicación de **Doctrinas y formas de la organización política**, de G. D. H. Cole, libro traducido por Alfonso Reyes. En 1939 comenzó la «Sección de Historia», dirigida por Silvio Zavala y Agustín Millares Carlo, con el lanzamiento de **Proudhon**, de Armand Cuvillier, traducido por María Luisa Díez-Canedo.

La llegada a la Argentina de los libros mexicanos del FCE a partir de 1940 fue una importante novedad. Estos respondieron a la demanda de libros de «historia», de «sociología» y de disciplinas afines, los cuales hasta entonces, en su mayor parte, provenían de España. La distribución continental dejó de ser un privilegio exclusivo de editores argentinos y españoles. Lo fundamental de este período fue la institucionalización de mercados nacionales de libros en México, Brasil, Argentina, Chile y su interrelación creciente en un mercado iberoamericano.<sup>101</sup> Esta realidad informaba esquemas de percepción decisivos para realizar nuevas apuestas culturales y de mercado:

En 1938 y en la Argentina se fundó la editorial Losada y se estableció Espasa-Calpe, ambas con pretensiones continentales —lo que incluía a México. Hacia octubre del mismo año ya se encontraban en México algunos de los primeros 'transterrados' fundadores de la Casa de España (...) *Ante la inminencia de que las editoriales argentinas invadieran el campo cultivado por el FCE*, quedaban dos posibles soluciones: «reiterar todos los esfuerzos en la misma dirección» o ampliar las actividades mediante nuevas secciones afines a la economía. Su propuesta fue crear las secciones de sociología, dirigida por José Medina Echavarría, la de ciencia política, dirigida por Manuel Pedroso, y la de historia (...) *Cosío restringía la oferta*

<sup>99</sup> Entre 1934 y 1938 se editaron entre 4 y 6 títulos por año, cifra que saltó a 52 en 1939. *Ibid.*, p. 112.

<sup>100</sup> El primer director de la Casa de España fue Alfonso Reyes, quien había sido embajador en el Brasil y en la Argentina. Junto a Cosío Villegas son reconocidos como los principales promotores del arribo de intelectuales republicanos a México. Entre estos, en el FCE se destacó la acción de Javier Márquez y Enrique Díez-Canedo. La Casa de España se convertiría, años más tarde, en el prestigioso Colegio de México (Aub, Max, «Los españoles del Fondo», en **Libro conmemorativo...**, pp. 189 y ss.).

<sup>101</sup> Para el caso de Brasil, véase Sorá, Gustavo, «La Maison et l'Entreprise. José Olympio et l'évolution de l'édition au Brésil», **Actes de la Recherche en Sciences Sociales**, N° 126-127, 1999, pp. 90-102. Para la década de 1930 en Argentina, sería decisivo estudiar la relación capital-interior. En aquel tiempo se observa una importante actividad editorial en La Plata, en Córdoba, en Rosario, en Santa Fe y en Tucumán; especialmente en las editoriales universitarias, pero también en otras para-universitarias o culturales. En el interior se publicaban no sólo ciertas investigaciones de punta sino también traducciones y opciones bibliográficas no cubiertas por la edición en la ciudad de Buenos Aires.

*al campo de las ciencias sociales* y —a partir de 1942— de la filosofía, porque en él no había competencia, pues *las editoriales argentinas y chilenas* (las españolas que inundaban el mercado casi desaparecieron a partir de 1938) *se ocupaban de literatura*, de la que había 'cierto hastío', según el director. Un punto más a favor: ante la competencia, la calidad del papel e impresión de los libros del FCE no tenía rival. (cursivas mías).<sup>102</sup>

El FCE sólo editaba poesía de manera marginal bajo el sello Tezontle, iniciado en 1940. La división internacional de los géneros también se profundizaba con alianzas, como demuestra la representación del FCE en Buenos Aires a cargo de Losada, una editorial *generalista* que, antes que nada, publicaba literatura. La relación entre el FCE y Losada fue producto de relaciones de solidaridad entre exiliados republicanos y militantes de izquierda.<sup>103</sup> Losada pasó a ser conocida como «la editorial de los exiliados» y la sede de su librería representó un lugar central para la sociabilidad intelectual del progresismo español e hispanoamericano en Buenos Aires. En su «ronda intelectual» marcaban presencia Atilio Rossi, Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Guillermo de Torre, Luis Jiménez de Asúa, Francisco Romero, Francisco Ayala, Rafael Alberti, Jorge Amado durante su exilio en Buenos Aires, Pablo Neruda y otros. La circulación de los libros de Losada estaba prohibida en España. La alianza con Losada sirvió de avanzada exploratoria antes de que el FCE iniciara su expansión internacional a través de Buenos Aires, con la apertura de una sucursal en 1945. Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña eligieron a Arnaldo Orfila Reynal para asumir la gerencia de la sucursal porteña. Ellos conocían al platense desde 1921, cuando Orfila viajó a México como representante del reformismo en el I Congreso Internacional de Estudiantes. Asentando el americanismo y diseminando el reformismo universitario a nivel continental, dicho encuentro tejió alianzas de duradero impacto para la diferenciación de las elites intelectuales de varios países.

Arnaldo Orfila Reynal nació en La Plata en 1897 y falleció en México en 1998. En 1910 ingresó al Colegio Nacional de La Plata. Se doctoró en química en la Universidad de La Plata (UNLP), ciudad donde pasó a trabajar en farmacia y en la industria lechera. Ingresó al Partido Socialista, siguiendo una trayectoria similar a la de varios otros ex-alumnos del colegio, como Enrique Anderson Imbert, Carlos Sánchez Viamonte, José Ernesto Rozas, que llegaron a ocupar altos cargos en la política nacional. Participó activamente en las luchas estudiantiles de la reforma universitaria: en 1918 fue delegado estudiantil por la UNLP en el congreso reformista de Córdoba; en 1919 fue presidente del comité de huelga de estudiantes de la UNLP y en 1921 participó del Primer Congreso Internacional de Estudiantes como uno de los 5 delegados argentinos. En México trabajó amistad duradera con Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Pedro Henríquez Ureña, Rafael Helidoro Valle, Miguel Ángel Asturias, Manuel Gómez Morin, Vicente Lombardo

<sup>102</sup> Arciniega, *Ibid.*, pp. 83-84.

<sup>103</sup> Sorá, Gustavo, «Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en tierra firme», en Carlos Altamirano (dir.), **Historia de los intelectuales...**, pp. 537-567.

Toledano y otros intelectuales que se reencontraban en proyectos de corte americanista, como el propio FCE. Durante los años '20 y '30 Orfila Reynal formó parte de un círculo de reformistas que se adjudicaban el rótulo de discípulos de Alejandro Korn y que formó la base del Movimiento Popular Americanista Renovación. Este grupo tendría gran peso entre las elites universitarias, artísticas y políticas dominantes en La Plata hasta el advenimiento del peronismo. Orfila Reynal colaboró con algunos emprendimientos editoriales de Renovación, tales como las revistas **Atenea** (1918), **Valoraciones** (1923-1928) y **Libertad Creadora** (1934). Su actividad en estos medios impresos estrechó los vínculos de amistad con el peruano Manuel González Prada y los mexicanos José Vasconcelos y Daniel Cosío Villegas, entre otros. La militancia cultural de este círculo intelectual atrajo hacia la Argentina al dominicano Henríquez Ureña y al guatemalteco Juan José Arévalo, futuro presidente de su país. Orfila Reynal inauguró la Cátedra Libre Alejandro Korn en la UNLP y fue uno de los fundadores (1937) y secretario general (1938-1948) de la Universidad Popular Alejandro Korn (UPAK), que aún funciona en La Casa del Pueblo de La Plata. También colaboró con las editoriales Claridad y Atlántida. En la primera creó la colección «Autodidacta» (1944), orientada a un público pre-universitario. En la segunda publicó un par de libros con pseudónimo.<sup>104</sup>

Como demarca la elección de Orfila Reynal como director de la sucursal en Buenos Aires, la acción del FCE en Argentina se profundizó a través de una red de relaciones intelectuales dominada por un linaje de reformistas, discípulos de Alejandro Korn, militantes del Partido Socialista.<sup>105</sup> El reconocimiento de Orfila Reynal se produjo en el punto máximo del dominio de esta fracción de elite cultural, cuando era Secretario General de la UPAK. Al igual que el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), esta institución se fundó y se desarrolló bajo el clima opositor al dominio conservador en la política argentina de la década de 1930. Orfila y sus pares seguían los ideales de la «libertad creadora» que proponía el filósofo neo-kantiano Alejandro Korn y los proyectos pedagógicos del socialismo que en el plano editorial lideraba Claridad.

La elección de Orfila Reynal como gerente librero y editor se corresponde con la trayectoria modélica de este tipo de especialistas: tales posiciones generalmente son ocupadas por personas con trayectorias a mitad de camino entre la cultura y la gestión, el arte y la producción. Individuos con experiencias previas en medios comerciales o empresariales, generalmente en el terreno de la cultura: librerías, diarios, imprentas.<sup>106</sup> La función-editor y la función-autor

se realizan como opuestos complementarios: el comercio y la producción de bienes culturales genera una esfera de actividad e intereses específicos que rara vez es compatible con una dedicación plena a la actividad literaria o académica. A diferencia de la mayoría de sus pares reformistas, Orfila Reynal, en parte a causa de su titulación como químico, no publicó regularmente ni fue profesor. Segundo Tri, Aníbal Sánchez Reulet y Juan José Arévalo eran profesores de filosofía; Pedro Verde Tello y Carlos Sánchez Viamonte, abogados; Luis Aznar, profesor de historia; Guillermo Korn, periodista y dramaturgo; A. Sánchez Garrido, profesor de letras. A diferencia de Orfila, todos tenían cargos en la Universidad. El editor es un especialista en «relaciones públicas»: conoce y pone en contacto a escritores y a productores de bienes simbólicos, escoge traductores, coordina la actividad de directores de colección, sigue la labor de correctores, sabe de las artes del papel y de la publicidad y toma decisiones sobre todas estas actividades. Como vimos, la militancia política y el viaje a México de 1921 dotaron a Orfila de un capital de relaciones sociales sostenido que lo distinguió como líder de los grupos culturales y políticos en los que participó.

La significación de la sucursal del FCE en Buenos Aires y el papel de promotor cultural de Orfila Reynal fueron acentuados después del golpe militar de 1943 y durante el peronismo. Los ritmos de la vida intelectual y política en Argentina no dejaban de ser tenidos en cuenta para definir las líneas editoriales del FCE. En la visión de Orfila Reynal:

(...) la editorial mexicana casi no tenía competencia: las editoriales argentinas se ocupaban de temas distintos. El Fondo tenía por entonces pocas colecciones editoriales que contaban con muy buena acogida: Economía, Sociología, Historia, Filosofía, Política y Derecho, Biblioteca Americana, Tierra Firme, Tezontle y los libros del Colegio de México. En cambio las editoriales argentinas editaban literatura, psicología, pedagogía y otros temas que no estaban en el catálogo del Fondo.<sup>107</sup>

La dispersión de las apuestas culturales del FCE, sintetizadas en los géneros del catálogo, observó una lógica relacionada a una sensibilidad americanista, atenta a sus correlatos en el resto de Hispanoamérica, especialmente en Argentina. Para Cosío Villegas, quien se sentía discípulo de Antonio Caso y en la década del veinte ocupó la cátedra de sociología de la Facultad de Derecho,<sup>108</sup> la singularidad del continente y su destino ya estaban demostrados en la escritura literaria e historiográfica:

Pocos comprenden en América que debemos cuidar de nuestras cosas, sea cual fuere el valor que ellas tengan. De todos modos nosotros tenemos que descubrir y registrar ese valor. La originalidad de América está de sobra comprobada en la obra puramente literaria. Asimismo en las disciplinas históricas (...) Pues bien, esa misma origi-

<sup>104</sup> Véase Rocca, Carlos José, **Homenaje al Dr. Arnaldo Orfila Reynal. Líder de la Reforma Universitaria y organizador de la Universidad Popular Alejandro Korn**, La Plata, UPAK, 1998; Gálvez Cancino, Alejandro, «Alejandro Orfila Reynal, un promotor cultural», en **Todo es historia**, n° 320, 1994, pp. 76-79.

<sup>105</sup> «Recuerdo que entre quienes más frecuentaban la sucursal se encontraban Alfredo Palacios, Francisco Romero, José Luis Romero, Mario Bravo, Risieri Frondizi, Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges, Jorge Romero Brest, Luis Aznar, José Bianco, María Rosa Oliver, Adolfo Homberg y muchos intelectuales de la provincia y del Uruguay» (A. Orfila Reynal, citado en Arciniega, *Ibid.*, p. 228).

<sup>106</sup> Antes de emigrar a la Argentina como gerente ejecutivo de Sudamericana, Antonio López Llausás había trabajado en la Librería Española de Barcelona, perteneciente a su padre, y había creado una imprenta. Previo a fundar su editorial en 1938, Gonzalo Losada había trabajado en empresas papeleras

y, a partir de 1928, como jefe de ventas de la sucursal argentina de Espasa-Calpe. Antes de crear la revista **Claridad**, en 1922, Antonio Zamora había trabajado en el diario **Crítica**.

<sup>107</sup> Arciniega, *Ibid.*, p. 227.

<sup>108</sup> Cosío Villegas, *Ibid.*, cap. 4.



nalidad debe ser infundida en los otros órdenes de la cultura que no puede ni debe estar circunscrita únicamente a la literatura y al análisis histórico. Todo lo demás debe tener lugar en la producción libresca americana.<sup>109</sup>

Este esquema de apreciación marcó la acumulación del fondo editorial al punto que puede afirmarse que la jerarquía de los géneros editados fue liderada por las secciones de economía y sociología.<sup>110</sup> La sección Sociología comenzó en 1941 y fue dirigida por el exiliado español José Medina Echevarría.<sup>111</sup> La sección Antropología comenzó en 1944 bajo la dirección de Alfonso Caso y Daniel Rubín de la Borbolla, con la edición de **La civilización azteca** de George Vaillant, traducido por Samuel Vasconcelos, y **La Rama Dorada** de James G. Frazer, traducido por E. y T. Campuzano y Julián Bravo. En 1944 también fue publicado uno de los libros que mayor impacto tuvieron en la historia de la edición castellana de ciencias sociales: **Economía y Sociedad**, de Max Weber, traducido por un equipo dirigido por J. Medina Echavarría.

Hasta avanzados los años '50, las novedades de las colecciones de disciplinas sociales y humanas eran casi todas traducciones.<sup>112</sup> Una vez que asentó su perfil, la editorial se proyectó, lentamente, sobre la historia, el ensayo y la literatura, los géneros de la tradición nacional e hispanoamericana, géneros «sin traducción». En 1944 aparecieron la «Biblioteca Americana» y la colección «Tierra Firme». La primera buscaba recuperar la «literatura prehispánica», las «letras coloniales», «obras maestras de la erudición hispanoamericana»; libros presentados con estudios escritos por «especialistas de las ideas», de las «letras clásicas», de la «historia del arte» y de las independencias republicanas.<sup>113</sup> La segunda colección buscó revivir «el olvidado sueño de un humanismo continental» que permitiera «encarnarnos con nuestros problemas específicos».<sup>114</sup> Allí aparecieron títulos de Gilberto Freyre, de Alfonso Reyes, de Germán Arciniegas. Estos géneros fueron más eficaces para profundizar la conexión entre intelectuales actuantes en México y en Argentina. Para «Tierra Firme», Arnaldo Orfila Reynal organizó una reunión en Buenos Aires con 32 «intelectuales suramericanos», con la participación, entre otros, de Daniel Cosío Villegas y Ezequiel

Martínez Estrada. La «Biblioteca Americana» fue diseñada en sus 26 números iniciales por Henríquez Ureña, al tiempo que se desempeñaba al frente del Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires. Del cruce entre las demandas editoriales mexicanas y la exclusión universitaria de los intelectuales reformistas surgieron libros de autores argentinos editados en México, como **Las ideas políticas en Argentina** (1946) y **La Edad Media** (1949, uno de los primeros títulos de la colección Breviarios, inaugurada un año antes), de José Luis Romero.<sup>115</sup>

La sucursal del Fondo en Buenos Aires, situada en Avenida Independencia, pasó a funcionar como La Casa de México. Su actividad consolidó un flujo de intercambios abonado por la actividad diplomática de Amado Nervo, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, y creció con la frecuente visita de investigadores mexicanos. Como vimos, las características del mercado editorial argentino y el movimiento intelectual americanista que allí floreció entre los años '30 y '40 fueron un faro constante para diseñar, por contraste, las elecciones editoriales del FCE. En aquellos años, Daniel Cosío Villegas afirmaba: «Argentina es de todos los países de América el que en mejores condiciones está para dar impulso a nuestro proyecto».<sup>116</sup> A través de Buenos Aires, el FCE se impuso progresivamente como marca de mexicanidad y contribuyó a la afirmación de América Latina como espacio cultural transnacional, como palabra de orden moral y político. Ya en 1955, edad dorada de la Casa, cuando Arnaldo Orfila Reynal dirigía el FCE en México, Juan José Arreola concluía: «México se ha dado cuenta de que el Fondo, como la pintura y las películas, lleva su nombre a todas partes del mundo en la etiqueta prestigiosa de los libros que se dividen ya en series numerosas».<sup>117</sup> Orfila fue separado del FCE en noviembre de 1965. Por entonces gozaba de enorme prestigio intelectual y era un portavoz de peso de la Revolución Cubana, algo insostenible para las huestes intelectuales del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. La embestida política contra el director del FCE generó un gran escándalo entre intelectuales de todo el continente, movimiento que a continuación daría origen a la editorial Siglo XXI.<sup>118</sup>

## Conclusiones desde el presente

«Creció un 28% la industria del libro»;<sup>119</sup> «El sector editorial crece y emplea»;<sup>120</sup> «Repunte de la industria editorial»;<sup>121</sup> «Rosario se

<sup>109</sup> Cosío Villegas, citado en Arciniega, *Ibid.*, p. 88.

<sup>110</sup> El valor diferencial de los géneros del catálogo es apreciado tanto por los volúmenes de edición-reedición, como por los modos de presentación y caracterización del perfil de la casa por sus principales protagonistas. Sin contar las tiradas masivas de los Breviarios y de la Colección Popular, entre los libros con mayores tiradas hasta 1980 se encontraban **El capital**, de K. Marx (103.000 ejemplares); **Historia económica y social de la Edad Media**, de Henri Pirenne (100.000); **Estudio del Hombre**, de Ralph Linton (96.000). FCE, **Libro conmemorativo...**

<sup>111</sup> Ese año aparecieron los primeros títulos: **La propaganda política**, de F.C. Barlett, traducido por Francisco Giner de los Ríos, otro republicano incorporado por «La Casa»; **Raza, ciencia y política**, de Ruth Benedict, traducido por Ernestina de Champourcin; **Ideología y Utopía**, de Karl Mannheim, traducido por Salvador Echavarría, e **Historia de la Cultura**, de Alfred Weber, traducido por Luis Recaséns Siches.

<sup>112</sup> Pascale Casanova (*Ibid.*) observa que, para el medio literario, la traducción es el recurso indispensable para forjar el reconocimiento de una literatura nacional (en este caso de unas ciencias sociales mexicanas, argentinas). En un tiempo inicial, la traducción nacionaliza un capital de valores culturales universalizados o reconocidos en escala internacional.

<sup>113</sup> Bataillon, Marcel, «Biblioteca Americana», en FCE, **Libro conmemorativo...**, pp. 161 y ss..

<sup>114</sup> Picón-Salas, Mariano, «Tierra Firme», en *Ibid.*, pp. 164 y ss..

<sup>115</sup> Otros títulos de autores argentinos publicados por esos años fueron **Antiguas literaturas germánicas** (1951), de Jorge Luis Borges y Delia Ingenieros e **Historia de la literatura hispanoamericana** (1954), de Enrique Anderson Imbert. Este último título de la colección «Breviarios» acumuló 100.000 ejemplares en 7 reimpresiones hasta 1980.

<sup>116</sup> Cosío Villegas, citado en Arciniega, *Ibid.*, p. 87.

<sup>117</sup> Arciniega, *Ibid.*, p. 127.

<sup>118</sup> Orfila Reynal, las editoriales Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI son referentes centrales de investigaciones que realizo desde hace varios años. Además de los textos ya citados, entre los que les he dedicado y permiten ampliar los problemas esbozados en esta sección está también «Des éclats du Siècle. Unité et désintégration dans l'édition hispano-américaine en sciences sociales», en Sapiro, Gisèle (dir.), **Les Contradictions de la globalisation éditoriale**, París, Nouveau Monde éditions, 2009, pp. 93 a 116.

<sup>119</sup> **La Nación**, Sección Cultura, 23/12/2004, p. 20.

<sup>120</sup> **Clarín**, Cuaderno Económico, 22/5/2005, p. 15.

<sup>121</sup> **La Nación**, Nota del Editor, 23/4/2005, p. 24.

postuló como 'Capital Mundial del Libro' en 2007»; Argentina país-tema de la feria de Frankfurt en 2010; Buenos Aires invitada de honor del Salón del libro de París en 2011.<sup>122</sup> Después que la economía argentina abandonó el sistema de Convertibilidad, la industria del libro argentino se recuperó con gran rapidez. Algo difícil de explicar después de la caída del gobierno de De la Rúa en diciembre de 2001, cuando el mercado y el Estado se deshacían. Pero el optimismo no va muy lejos. La memoria de los especialistas del mundo del libro y de los lectores está marcada por una historia editorial que desde inicios de los años 50 ondula entre fases de fuerte crecimiento y de retracción, los llamados «booms» y las «crisis». Las curvas de un estudio estadístico histórico ilustrarían esa historia quebrada. La última «crisis» estuvo representada por la venta de las grandes editoriales literarias y de libros didácticos a grupos trasnacionales.<sup>123</sup> Ello ha asentado creencias sobre una Edad de Oro, cuando los libros de edición argentina eran una referencia para el mundo iberoamericano. Este trabajo llegó hasta un tiempo en que ese campo nacional fue modélico para la construcción de un espacio iberoamericano del libro. El modo en que esa historia de esplendores y fracasos funciona en el presente, tanto en la producción de creencias en el medio profesional del libro como en la orientación de los trabajos académicos, debería alentar el intento de comprender ese mundo desde el pasado y desde el presente, desde la historia y la memoria, la etnografía y la sociología, la economía y la política.

En este trabajo he elegido una alternativa historiográfica para observar los particulares tiempos y características de un caso nacional en su convergencia con los procesos generales de diferenciación de la actividad editorial en América Latina y en Occidente. Durante el siglo XIX, la actividad literaria, intelectual, didáctica fue protagonizada por miembros de la elite criolla cuyo profetismo cultural fue producto de raras carreras de formación en Europa o, en la mayoría de los casos, de experiencias en el exterior debidas al exilio. De modo complementario, los conocimientos especializados para el desarrollo de prácticas de impresión, de comercialización y producción de libros fue predominantemente encabezada por extranjeros cuya acción gravitó en la institución de una cultura nacional. El mundo del libro combina todos los elementos de una experiencia *nacional-extranjera*.

Al tiempo de la institucionalización de un Estado-nacional, en la década de 1860, las experiencias editoriales comenzaron a delinear los contornos particulares del mundo del libro en Argentina. La combinación de políticas de alfabetización, de fomento a las bibliotecas, a la producción de libros y la efervescencia de la esfera público-política de finales del siglo XIX sentaron las bases para que a inicios del 900 fuera posible idear una colección como la «Biblioteca de La Nación». La larga vida del proyecto, las formas materiales del «libro barato», las representaciones de un público lector muy extendido, anónimo, idealmente superpuesto a una supuesta alfabetización universal, afirmaron un esquema de pen-

samiento y acción que fue asumido y expandido por la mayoría de los proyectos editoriales que hicieron época a lo largo del siglo XX: El Ateneo, Tor, Claridad, Losada, Sudamericana, Emecé, Santiago Rueda, la Editorial de la Universidad de Buenos Aires, etc.. Quizás los últimos emprendimientos editoriales impulsados por tal tipo de representación fueron los de las editoriales Centro Editor de América Latina y Siglo XXI; ambas fundadas en 1966, la primera por José Boris Spivacow al renunciar a EUDEBA tras la «noche de los bastones largos» y la segunda por Orfila Reynal, al ser expulsado del FCE como «extranjero comunista». En la mayoría de tales casos, la edición en gran escala no fue sinónimo de géneros o textos «populares». Un análisis de los catálogos de esas empresas afirmarían la combinación de apuestas vanguardistas con edición de lo clásico y autores y temas del momento. Por otro lado, la gran escala señala tiradas por lo general muy altas y, a partir de la década de 1930, orientación a un mercado latinoamericano.

Tal como demuestra la percepción de los editores que armaron las líneas del catálogo del Fondo de Cultura Económica de México, el desarrollo temprano de movimientos intelectuales y de actividad editorial en Argentina condicionó el espacio de lo posible para los proyectos editoriales con pretensión continental generados en otros países. En los años '20, Buenos Aires fue la entrada para la expansión de las grandes editoriales españolas en la América de lengua castellana, y en los años '40 lo fue para la articulación de movimientos intelectuales y políticos americanistas. De modo inverso, las elecciones de los editores argentinos pasaron a ser interdependientes del impacto de editoriales como el Fondo de Cultura Económica y de la nueva fase de dominación editorial española iniciada a inicios de los años 60. El golpe de 1976 afectó duramente los campos intelectual, académico y editorial argentinos. De allí en más, el americanismo no volvió a florecer y no hay evidencias de que la edición argentina continuara siendo modélica para profesionales del libro de otros países. Los nuevos rumbos de la creciente internacionalización del mercado editorial alejan aún más esa posibilidad. Los editores latinoamericanos se encuentran antes en Frankfurt que en Buenos Aires. Todos compiten entre sí tras los nuevos bienes y capitales de la cultura universal. No hay innovación tecnológica que prometa dar luz a procesos homólogos a los aquí reseñados en tanto ejes constitutivos de nuestra historia editorial, dimensiones cuya singularidad quedaría bien demostrada en una perspectiva comparativa entre las historias editoriales de Iberoamérica.

<sup>122</sup> *N*, 9/4/2005, p. 19.

<sup>123</sup> Sudamericana fue vendida a Bertelsman a través de su intermediaria Plaza & Janés en 1997; Emecé al Grupo Planeta en el 2000, etc..